

Arqueología: Para qué, para quién, cómo y por qué.

Jorge Canosa Betés
Co-editor de Arqueoweb

En la actualidad, nos hallamos inmersos en una crisis económica y social casi sin parangón en la historia del capitalismo, una situación que, afectando de manera desigual a diferentes países y grupos sociales, está en proceso de cambiar el mundo tal como lo conocemos. Así, estamos observando cómo el crecimiento de las políticas neoliberales amenazan con reducir el estado de bienestar al mínimo con terribles recortes en los servicios públicos como la sanidad, la educación y, por supuesto, la ciencia, y más en concreto para nuestro caso, la Arqueología.

Tradicionalmente hemos otorgado en España un carácter binomial a la Arqueología, con dos realidades diferenciadas, la Arqueología de investigación por un lado y la "profesional" o de gestión por otro. Ambas realidades, con diferencias bien marcadas aunque quizás más parecidas de lo que cabría esperar, han disfrutado hasta hace poco tiempo de esa cornucopia que eran las administraciones públicas que, bien para "limpiar" el terreno para construir urbanizaciones o bien para investigar su patrimonio, han surtido con financiación las intervenciones arqueológicas. Sin embargo, ambas realidades se encuentran ahora en situaciones relativamente similares, el fin de la burbuja ha enviado a muchos profesionales de la disciplina al paro mientras que, el grifo se ha cerrado para muchas investigaciones

arqueológicas, algunas de ellas de primer nivel mundial¹.

Esta situación de crisis económica general y científica en particular no da síntomas de mejoría y, para la Arqueología, las sensaciones son de un empeoramiento general en gran parte por el abandono de las administraciones, ya no únicamente desde la financiación sino también en la legislación, como se ha podido comprobar en la nueva Ley de Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid donde se anteponen los intereses de los constructores a los del patrimonio, siendo un texto que, desgraciadamente, parece que va a servir de modelo para otras leyes autonómicas. Todo apunta a que la Arqueología española no será la misma una vez finalice la crisis sea cómo y cuando sea ese final por lo que, aunque adaptándose a las limitaciones que desde la política se impongan, conviene reflexionar sobre cómo afrontar estos cambios y como aprovechar la situación para "reciclar" la disciplina y lograr, en la medida de lo posible, una Arqueología mejor.

Desde un punto de vista teórico lo cierto es que este ánimo reflexivo y reformador de la disciplina no ha escaseado ni mucho menos por parte de algunos grupos desde la década de los 80 y un aluvión de corrientes y enfoques han ido apareciendo en la Arqueología destinados todos a encontrar un modelo que, si no definitivo, se adecue a la complejidad de las socieda-

1

http://cultura.elpais.com/cultura/2013/02/06/actualidad/1360182674_585540.html

des humanas del pasado. Estos debates sin embargo parecen haberse eternizado sin que se llegue a un punto y final mientras que siguen apareciendo nuevas voces críticas y corrientes teóricas en el seno de la Arqueología con sed de cambio hasta el punto de que, dentro de lo bueno que la variedad de voces y opiniones aporta a una disciplina como la nuestra, si Steven Spielberg decidiera ambientar el próximo capítulo de la saga en nuestro tiempo, el subtítulo de Indiana Jones V bien podría ser "En busca del paradigma perdido".

Estas reflexiones y debates arqueológicos se han centrado mayoritariamente en un ámbito teórico alejados, tal vez, de lo terrenal, entendiendo esto como la propia aplicación de la Arqueología, sus usos y funciones más allá del mundo académico. Desde Arqueoweb, hemos considerado que es el momento idóneo para generar un espacio en el que revisar la propia naturaleza de la disciplina para tratar de mejorarla dentro de las posibilidades de las que disponemos los arqueólogos, un espacio para la autocrítica y la reflexión en el que profesionales de diferentes áreas nos hablaran sobre la Arqueología pasada, presente y, especialmente, futura.

Así, les animamos a contestar a una serie de cuestiones: **¿Para qué sirve la Arqueología?** ¿Por qué es importante y por qué se debería seguir invirtiendo dinero en ella incluso en los tiempos que corren? Estas quizás suenen como unas cuestiones básicas pero en realidad pueden ser difíciles de contestar, especialmente al público profano de la materia que no termine de ver una utilidad práctica a la misma y ante el cual haya que justificar que siga invirtiéndose en el descubrimiento del pasado y que, posiblemente, desconozca en gran medida el origen del patrimonio investigado y que ese patrimonio le pertenece por ley junto al resto de los ciudadanos... un tema que enlaza con la siguiente cues-

tión que es, posiblemente, la más importante de todas.

¿Para quién se hace Arqueología? Responder a esta pregunta es, en la teoría, bastante fácil, los conocimientos obtenidos de las excavaciones arqueológicas e investigaciones posteriores va destinado a la gente, a las personas comunes que son, al fin y al cabo, dueñas de ese patrimonio que es estudiado. El mundo de la Arqueología es pequeño pero a la vez muy grande, cada año hay un enorme número de publicaciones de revistas, congresos, libros y demás generando un volumen de conocimiento que sería inabarcable para una sola persona. Sin embargo, y pese a esta enorme cantidad de conocimiento e información disponible, algunos estudios nos han enseñado cómo en la sociedad hay, por lo general, una falta de conocimiento sobre la Arqueología, aunque no precisamente de reconocimiento, un dato preocupante que nos indica que algo se está haciendo mal... de hecho, algo sintomático del interés que genera nuestra disciplina es el auge y la relevancia que han adquirido en los últimos años teorías ridículas sobre astronautas del pasado y demás. Así, y reconociendo que junto con los arqueólogos existen otros responsables como los medios de comunicación o los planes educativos de este desconocimiento, podemos preguntarnos ¿Hasta qué punto tiene la Arqueología una relevancia para la sociedad actual? ¿Está, por lo general, la Arqueología de hoy verdaderamente dirigida al público o, más bien, se está haciendo arqueología para arqueólogos? ¿Se encuentran algunos sectores o integrantes de la Academia desde una posición narcisista investigando por su propia diversión y para sí mismos o verdaderamente se está trabajando para la gente?

Además de estas cuestiones y siguiendo esta tendencia existencialista, preguntamos a los participantes los caminos que debería seguir en el futuro nuestra disciplina, **cómo** llegar a ellos

y hasta qué punto podemos los arqueólogos ser parte de esos cambios teniendo en cuenta que las acciones que afectan al patrimonio arqueológico están, en última instancia, sujetas a decisiones e intereses políticos.

Por último, evidentemente, pedimos también a nuestros participantes el **por qué**, unas respuestas argumentadas tanto de estas como de todas las cuestiones que ellos mismos nos deseen plantear.

Desde Arqueoweb, hemos intentado dar voz a todos los sectores de la profesión, ya sea la academia, instituciones de investigación independientes, la administración o los diferen-

tes tipos de empresa que conocemos de Arqueología, todo esto con la intención de mostrar puntos de vista variados y tratar de ofrecer así una visión global de los problemas planteados, entendiendo que la solución (si es que hay algo que solucionar) es algo a lo que hay que llegar desde todos los rincones de la disciplina.

No obstante, el lector probablemente se dará cuenta de que en esta visión global falta algún representante de los museos. Desde el equipo editorial pedimos disculpas a todos, pero las causas de esta ausencia han sido ajenas a la organización.

Arqueología: Abrir ojos cada vez más grandes

Gonzalo Ruiz Zapatero
Universidad Complutense de Madrid

1. Encarando el ecuador de la segunda década del siglo XXI la Arqueología afronta multitud de retos y problemas. Si queremos que la disciplina crezca en conocimientos históricos, en su cuerpo teórico, sus métodos y su práctica, en relevancia social y política habrá que hacer, sin duda alguna, muchas cosas. Construir la gran narrativa de la historia de la Humanidad exigirá mucho talento, imaginación, trabajo y esfuerzo colectivo. Pero cientos de miles de arqueólogos y arqueólogas en universidades, museos, administraciones, empresas públicas y privadas y como investigadores independientes, cada vez más unidos - al menos en torno al gran valor que el pasado material tiene - y repartidos por todos los rincones del mundo estamos empeñados en ello.

Aquí quiero centrar mi interés en una perspectiva concreta, como “abrir ojos cada vez más grandes”, en afortunada expresión de Lewis, R. Binford, puede ofrecernos una clave importante para el futuro de la Arqueología. Y abrir ojos cada vez más grandes a nuestra disciplina es conocer más y mejor la propia historia de la disciplina, valorar la inmensa riqueza de la diversidad de tradiciones arqueológicas, fortalecer la teoría arqueológica, ampliar los métodos analíticos y de estudio,

mejorar la comprensión de los contextos arqueológicos y desarrollar nuevos marcos de comprensión del pasado. Abrir ojos cada vez más grandes es profundizar en la convicción de que la Arqueología es una gran tarea colectiva, en la que todos los arqueólogos y arqueólogas - incluidos por supuesto los estudiantes de Arqueología - tenemos papeles que asumir.

Cientos de miles de ojos de estudiosos del pasado amplían constantemente los límites de la disciplina, levantan nuevas plantas del gran edificio de la teoría arqueológica, comparten nuevas metodologías y ensayan nuevos procedimientos para recuperar los millones de huellas materiales de todas las sociedades que han existido en nuestro planeta. Más de ciento cincuenta años después del comienzo de la construcción de la Arqueología moderna hoy muchos más ojos que los de todas las generaciones de arqueólogos anteriores juntas escrutan la historia encerrada en los restos culturales y sus contextos, Y además sus ojos ven cada vez más y mejor.

Los ojos cada vez más grandes de los constructores de representaciones del pasado miran también más allá de la propia disciplina y de forma creciente se preguntan ¿para qué sirve la arqueología?.



Figura 1: La teoría arqueológica tiene que servir para abrir ojos cada vez más grandes al pasado según L.R. Binford.

2. La Arqueología sirve para tres cuestiones esenciales. La primera para producir conocimiento histórico de todas las sociedades pretéritas, de todos sus miembros, de toda su experiencia histórica - desde planos de igualdad y respeto -, y de los avances y logros de las culturas humanas en todos los tiempos y todos los espacios. Conocimiento histórico que constantemente extiende sus niveles de comprensión y explicación. La Arqueología, la historia material de las sociedades, nos proporciona nuevos conocimientos de la historia humana pero también una profunda y larga visión de lo que constituye la esencia de la naturaleza humana. Lo que somos como humanos sólo adquiere contornos más definidos en la “historia profunda” (*deep history*) que elabora la Arqueología desde nuestros más remotos orígenes a la arqueología del presente. La segunda cuestión fundamental es la vigilancia atenta y crítica de cómo los conocimientos producidos se utilizan por el propio colectivo arqueológico y por todos los agentes no-expertos como los poderes políticos

y los medios de comunicación. Los ojos cada vez más grandes tienen que abrirse también para repensar los usos y abusos de las narrativas arqueológicas. Y los conocimientos arqueológicos, inevitablemente, sirven para conocernos mejor pero también para crear y/o reforzar agendas políticas, para construir identidades, para mercantilizar el pasado y hacer negocios con la materialidad del pasado. Los ojos de los arqueólogos tienen que abrirse a todos estos problemas. Todo eso concierne a la Arqueología y sus practicantes. Los ojos cada vez más grandes deben mirar a como el pasado se hace presente en nuestros días, como el pasado intersecciona al presente. Esto también es Arqueología.

La tercera y última cuestión de para qué sirve la Arqueología es para proteger, conservar y presentar el pasado material, la memoria material de la historia humana. Los sitios arqueológicos, los restos exhibidos y salvaguardados en los museos constituyen el pasado tangible, visible y susceptible de ser *vivido*. Y los ojos de los arqueólogos y

arqueólogas tienen que ser cada vez más grandes para incrementar la protección de los restos arqueológicos, para mejorar los medios de comunicar las historias arqueológicas y para buscar nuevos formatos y canales con los que llegar a cuantas más audiencias mejor. La Arqueología tiene que proporcionar conocimientos históricos pero también experiencias vitales, formas de *sentir* de forma diversa ese pasado; sencillamente porque sin públicos no tienen sentido los sitios, los museos y todas las actividades de difusión que giran en torno a ellos. El patrimonio arqueológico - término académico y administrativo muy desgastado - no trata solo de restos, legislación y normativas, tiene que tratar de la gente del presente. Es la gente del presente la que da sentido al patrimonio arqueológico del pasado.

3. Los ojos de la Arqueología no han prestado mucha atención a la pregunta ¿para quién se hace la arqueología? Simplemente se pensaba que eso era obvio, se hacía para la academia y muy secundariamente para la “sociedad” de forma genérica. Y aquí también necesitamos abrir ojos cada vez más grandes para descubrir que hacer arqueología no es algo inocente. La Arqueología se hace o bien sin reparar en los destinatarios o bien con destinatarios claramente sesgados. La Arqueología por sus orígenes históricos en el siglo XIX y su desarrollo con la construcción de los estados nación del mundo occidental ha estado del lado del poder político, representando, aún inconscientemente, visiones de clase. Basta para ello ver todavía en quien se piensa cuando se crean discursos museísticos, se presentan monumentos y sitios arqueológicos o se escriben libros de divulgación. De alguna forma los discursos dominantes de la arqueología han sido discursos “desde arriba”, discursos de elite, discursos que excluían a

amplios sectores, los más desfavorecidos, de las sociedades contemporáneas. Necesitamos abrir ojos cada vez más grandes para hacer arqueologías más inclusivas, más “desde abajo”. Arqueologías que den cuenta del pasado a todas las clases y sectores de la sociedad. Y es que además la Arqueología, como bien señalo Graham Clark, puede ser más *democrática* que buena parte de la Historia porque su objeto de estudio posible es toda la sociedad: los poderosos y los débiles, los importantes y los excluidos, los hombres y las mujeres, los ancianos y los niños. Todos se pueden rastrear en la materialidad social. La Arqueología tiene vocación global, holística, puede abarcar a todos los miembros de las comunidades humanas.

4. La Arqueología actual no parece relevante en la mayor parte de las sociedades contemporáneas. Hay demasiados indicadores que apuntan a una falta de relevancia, una ausencia de necesidad social de la Arqueología. En nuestro caso, la Arqueología está presente en los medios de comunicación con un perfil muy bajo pero no está en las agendas electorales de los partidos políticos ni en las instituciones de gobernanza. Genera, es cierto, un creciente interés social pero no contamos con cauces adecuados que hagan relevante nuestra disciplina en la arena social. Es más, en España no tenemos ni siquiera datos que nos permitan esbozar un mínimo perfil de las actitudes ciudadanas hacia la Arqueología como bien han hecho el Informe Harris (2000) en Estados Unidos o la encuesta del INRAP en Francia (2011). La fragmentación del estado español en arqueologías de las CC. AA. impide, incluso, disponer de un conocimiento básico del conjunto de la arqueología del país. Y aquí si que necesitamos, probablemente más que en ningún otro ámbito, abrir ojos cada vez más

grandes. Ojos más grandes para crear una arqueología con más tejido social, para conectar con más audiencias, y en definitiva para dotar

de más visibilidad social y política a la Arqueología.

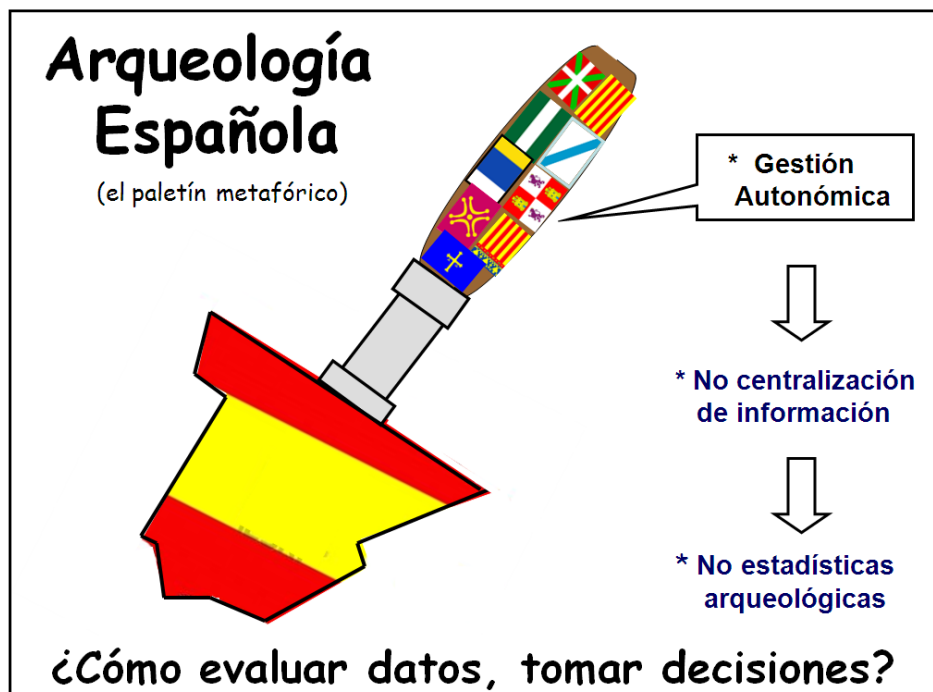


Figura 2: El paletín de la arqueología española y los problemas de una carencia de información y datos globales.

5. Para el futuro próximo uno de los esfuerzos fundamentales tiene que ser como diseminar la arqueología más y mejor. Para ello se debe crear una fuerte visibilidad social y política con estrategias que impacten más que hasta ahora. Algunas ideas de cosas que se están haciendo en otros países y deberíamos intentar abriendo ojos cada vez más grandes. Tener presencia directa con los grupos políticos del Parlamento a modo de lo que existe en el parlamento británico. Institucionalizar unas Jornadas Nacionales Arqueológicas como en Francia con miles de actos, visita de excavaciones, museos, exposiciones, grupos de *reconstrucción histórica* y múltiples actividades que masivamente lleven la arqueología a los ciudadanos. En EE.UU. el *Archaeological*

Institute of America, la mayor organización arqueológica del mundo, ha creado el *National Archaeological Day* con el mismo objetivo. Crear plataformas arqueológicas institucionales *on line* que por ahora son prácticamente de iniciativa particular, ya que todo indica que Internet será la fuente informativa más demandada, si es que no lo es ya. Y de forma muy especial multiplicar los esfuerzos de todos los arqueólogos y arqueólogas para actuar en todos los niveles, desde los más locales a los internacionales. Configurando así un colectivo abierto, solidario, respetuoso con las posiciones de cada arqueólogo trabaje donde trabaje y orgulloso de las tareas que entre todos llevamos a cabo.

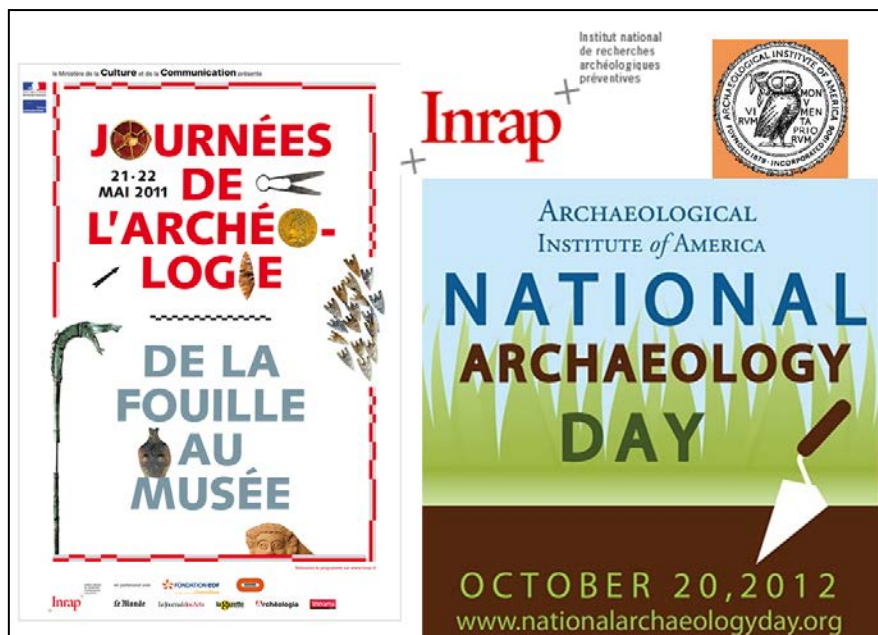


Figura 3: Anuncios de jornadas nacionales de arqueología en Francia (INRAP) y Estados Unidos (Archaeological Institute of America).

6. A modo de recapitulación de mis palabras anteriores me gustaría destacar tres reflexiones finales:

a) La Arqueología en este país tiene que ganar presencia en la arena pública, debería desarrollarse más en el tejido social y proponerse conquistar posiciones de mayor consideración educativa, social y política. La arqueología es conocimiento y si no se difunde no tiene sentido. Los medios de comunicación juegan un papel crucial en esa tarea porque cada vez más lo que existe es una fuerte sinergia entre medios. Por ello la presencia de la Arqueología en los medios de comunicación resulta de crucial importancia.

b) Necesitamos explorar nuevas maneras de hacer divulgación histórica y arqueológica, nuevos medios de llegar a la gente sin perder el rigor pero teniendo en cuenta que rigor no es sinónimo de aburrimiento. Rigor tiene que ser, ante todo, apelar a la racionalidad de la gente, de toda la gente, de cuanta más gente mejor.

Para que la arqueología pueda llegar a todos de forma comprensible pero no devaluada. Las posibilidades que tenemos los arqueólogos y arqueólogas de aprender de los distintos públicos y de los agentes no-académicos son muy importantes pero muy poco utilizadas. Puede ser una manera de dar voz a los sin voz, de hacer historia contando con los ciudadanos. De aprender los propios arqueólogos a contar historias, de descubrir nuevas fórmulas y de emplear nuevos canales y medios de difusión.

c) La Arqueología tiene que ayudar a que los ciudadanos tengan no una mera crónica de hechos y fechas sino una auténtica conciencia crítica del pasado, para pensar en el presente y así actuar y construir el futuro. En suma, para poder “pensar históricamente”. Y pensar históricamente es aprender a examinar las noticias de la televisión, evaluar un editorial de un periódico, contextualizar un hallazgo arqueológico y, en fin, resistir buena parte de la propaganda política del “pensamiento único”.

La función crítica de la Arqueología tiene que servir para romper las memorias únicas, las versiones oficiales y oficialistas, los tópicos escolares y los lugares comunes falsos. Tiene que proporcionar herramientas para reflexionar, de forma independiente, sobre el presente y cuestionar los poderes establecidos. En definitiva, una especie de *alfabetización arqueológica* de la ciudadanía.

La Arqueología tiene que ser un instrumento cargado de futuro y no un cementerio de conocimientos eruditos más o menos irrelevantes. La arqueología es una batalla por

la verdad pero tenemos que tener muy presente que “la historia es también el campo de batalla, y la comunicación, su principal recurso” como ha escrito el historiador Justo Serna. Y esto último no deberíamos olvidarlo los arqueólogos. Nuestros ojos y los de los miles de estudiantes de Arqueología que se están formando por todo el mundo cada vez están más abiertos al conocimiento del pasado y a su comunicación a la sociedad. Así podemos confiar, razonablemente, en que el pasado tiene futuro y ese tiene que ser el estímulo permanente de cuantos nos apasionamos con y por la Arqueología.

La Arqueología posible.

David Barreiro

Instituto de Ciencias del Patrimonio (INCIPIT). CSIC

Todas las preguntas que comienzan con un “¿Para qué sirve...?” son ambiguas y peligrosas. Ambiguas porque desde un punto de vista positivista o ecosistémico todo sirve para algo, hasta lo que, no siendo obra humana, parece estar más alejado de una cotidianeidad utilitarista: las nubes, las flores, las montañas, el canto de los pájaros... Mientras que, desde un punto de vista metafísico (casi nihilista), todo es fútil y nada sirve para nada, pues la vida, en sí misma, carece de finalidad. “¿Para qué sirve la vida?” es una pregunta, en sí misma, absurda. Preguntarse por la utilidad de cualquier cosa en la vida (incluyendo los actos y obras humanos) por lo tanto, también lo sería. Como decía Antonio Machado:

*Bueno es saber que los vasos
nos sirven para beber;
lo malo es que no sabemos
para qué sirve la sed.*

Peligrosas porque las preguntas que comienzan con un “¿Para qué sirve...?” suelen arrastrar una intención puramente pragmática, limitada (que no es poco, pero es insuficiente) a una optimización de la gestión práctica de la vida social, sin un contexto que confiera un sentido moral a nuestros actos. Las preguntas que comienzan así suelen buscar un contexto de justificación para la posible respuesta en el propio ámbito de la racionalidad cognitivo-instrumental: sirve aquello que produce más conocimiento y/o que propicia la reproducibilidad sistémica. No se busca un contexto de justificación ético o moral (ni mucho menos estético) y

aquí está la clave del peligro que entrañan este tipo de preguntas.

Pero si buscamos una justificación moral para la arqueología, entonces habría que modificar ligeramente la pregunta y decir: ¿Para qué *debe* servir la arqueología? Porque no se trata de la utilidad actual de la arqueología en tanto disciplina, sino de su utilidad conforme a una finalidad moral. Y aquí es donde se vienen produciendo frecuentes desencuentros entre diferentes concepciones de la arqueología (las distinguiremos de forma un tanto simple): una arqueología básica (que produce conocimiento sobre las sociedades del pasado a partir de la documentación y estudio de sus restos materiales) y una aplicada (que utiliza y/o produce ese conocimiento en contextos de gestión de recursos –ordenación del territorio, evaluación ambiental, socialización del patrimonio cultural-). Para las visiones más críticas, esta arqueología aplicada es una arqueología que sirve a los intereses hegemónicos que marcan la pauta de la modernización. En otros lugares hemos intentado mostrar que la participación de la arqueología en estos procesos no tiene por qué implicar una complicidad unívoca con los mismos, por lo que no profundizaremos ahora en ello. Nos interesa ahora, más bien, indagar en la finalidad moral de esta arqueología entendida como práctica científica básica (obviando, de momento, la imposibilidad de esta neutralidad axiológica por parte de ninguna práctica científica): ¿para qué *debe* servir la práctica de

producir conocimiento sobre las sociedades del pasado etcétera?

Esta pregunta tiene múltiples posibles respuestas, desde las más idealistas y tópicas (“porque los pueblos que ignoran su historia están condenados a repetirla”, y argumentos similares) hasta las más pragmáticas (para dar trabajo a distintos tipos de profesionales), pasando por las más cínicas (porque es un nicho de mercado insuficientemente explotado y con un gran potencial). Nosotros nos alinearíamos (y aquí se da una de las claves de nuestra visión de una arqueología aplicada distinta a la que sostienen muchos de sus críticos) con una respuesta más dialéctica: para contribuir reflexivamente a la transformación del mundo. Y aquí, derivadas de esta primera pregunta reorientada y moralmente situada, surgen preguntas nuevas: ¿Puede la arqueología contribuir a la emancipación? ¿Merece la pena una arqueología que no sea crítica en sus objetivos cognitivos y prácticos? Si la respuesta es *no*, entonces es mejor dedicarse a otras formas de lucha, o a luchar por un lado y hacer arqueología por otro (y regresamos a la respuesta pragmática de más arriba). Si la respuesta es *sí*, hay que preguntarse por las condiciones: ¿Dónde sería posible esta arqueología emancipatoria, dentro de la práctica discursiva de la Modernidad o “al margen” de esta? ¿Es esto último factible? ¿Puede haber una práctica científica *a-moderna*? Preguntas que nos sacan de la ciencia para llevarnos a preguntas de corte más filosófico: ¿Hay margen para la transformación dentro de la Modernidad? ¿Es un proyecto acabado o es la única salida? Y si es un proyecto acabado, ¿cuál es la alternativa? ¿Hay cabida para una práctica científica como la arqueología en esa alternativa? ¿No forma parte la arqueología de esos grandes relatos de la Modernidad que, según algunos, deberían ir a parar al basurero de la historia?

Sí, la arqueología forma parte del relato histórico de la Modernidad, es una práctica concebida y generada en un contexto histórico dado, y sus rasgos ontológicos y epistemológicos están indisolublemente marcados por este hecho incuestionable. Ahora bien, hemos visto que hay, como mínimo, dos visiones distintas (la segunda incluye la primera, generalmente) de lo que es la arqueología: por un lado, una ciencia que nos habla del pasado desde el presente; por otro lado, una ciencia que contribuye (en qué medida lo hace, y con qué rol, eso puede variar, y mucho) a la gestión y socialización de un segmento de la realidad actual que denominamos patrimonio cultural. Por tanto, tenemos una visión de la arqueología como práctica (en conjunción con otras disciplinas científicas) autorizada para emitir discursos sobre los hechos del pasado, para generar un discurso histórico. Y tenemos una visión de la arqueología que, apoyándose en la idea anterior (nuevamente en conjunción con otras disciplinas científicas), nuclea procesos de producción de patrimonio cultural, que son procesos sociales y políticos, más que científicos.

La condición social de la arqueología tiene un doble origen: es social porque toda práctica científica es social (algo que olvidan con frecuencia los defensores de una arqueología “básica”, no contaminada por no formar parte de procesos de modernización, de gestión del patrimonio, etc.), y es social, además, porque muchas veces se orienta a la producción de patrimonio cultural, que es un proceso social supracientífico. Y, si retomamos el argumento moral derivado del intento de respuesta a la pregunta primera, creemos que *la arqueología debe servir para generar un discurso histórico contra-hegemónico y además para contribuir, desde su especificidad científica, a procesos abiertos y participativos de producción de patrimonio*. Esto es: sea cual sea nuestra idea de la arqueología (y nuestra práctica) es factible

contribuir reflexiva y dialécticamente, a través de ella, a la transformación del mundo. Del mismo modo que es factible contribuir a la perpetuación del sistema haciendo una evaluación de impacto arqueológico, dando clases en la universidad o gestionando expedientes en una oficina.

El gran dilema es si la arqueología, tal y como la conocemos, propicia una cosa u otra de forma hegemónica. En concreto, nos interesan las consecuencias morales de la arqueología que nosotros practicamos, que no se limita a investigar lo que nos interesaría en abstracto y de forma individual, sino que se implica en procesos de modernización del territorio (en línea con los principios de la convención de Malta, por resumirlo). Es decir: ¿es compatible una arqueología contra-hegemónica con una arqueología aplicada que, además, absorba la mano de obra cualificada que se ha ido acumulando a lo largo de años de consolidación de un modelo arqueológico vinculado a la expansión urbanística y los procesos de modificación del territorio? A primera vista, parece difícil. Y, además, no nos parece una pregunta que pueda desligarse de una disyuntiva (aunque este carácter dicotómico también podría ser objeto de discusión) más antigua, amplia y profunda: ¿es posible una estrategia transformadora en (y/o a partir de) el marco legal del sistema que se pretende transformar? ¿O es necesario un cambio radical de las condiciones políticas y administrativas para que cambie todo lo demás? ¿No es auténticamente revolucionario reclamar el cumplimiento de una legalidad sancionada por el poder realmente existente pero sistemáticamente violada por ese mismo poder? ¿No cambiaría radicalmente el panorama respecto al patrimonio cultural tan sólo con que se cumpliera lo que está escrito en las leyes al respecto?

No tiene sentido tratar de responder a la pregunta por las condiciones morales actuales de la arqueología sin tener en cuenta el contexto político en el que esta pregunta se inscribiría. Y no es una pregunta para la que tengamos respuesta; lo que sí podemos intentar es ofrecer una propuesta (ya lo hemos intentado hacer en varias ocasiones) que posibilite la praxis de la disciplina, en diferentes contextos, sin desvincular nuestra capacidad de agencia de su contexto político y, por lo tanto, de sus consecuencias. Al menos, debemos ser conscientes de la dimensión política del ejercicio de la disciplina (sea cual sea el contexto): es decir, por un lado, mantener un nivel de reflexividad muy alto y en todo momento. Por otro lado, establecer los cauces para que la práctica de la disciplina (esté en mayor o menor medida vinculada a procesos de socialización del patrimonio; sea más “básica” o más “aplicada”) integre los mecanismos necesarios para generar un discurso histórico contra-hegemónico (guiado por los expertos pero abierto y participativo), situado (favoreciendo la generación de vínculos cognitivos y sensoriales entre comunidad y territorio no mediatizados por los medios sistémicos) y orientado al empoderamiento y a la emergencia de vínculos sociales alternativos al clientelismo político, al consumo compulsivo y a la jibarización comunicacional.

Si esto es posible en el marco (o como complemento) de una arqueología como la que se ha desarrollado en España en los últimos veinticinco años (con un modelo que ha navegado entre el neoliberalismo salvaje y la gestión tecnocrática del patrimonio, entre Caribdis y Escila, y que quizás ya ha sido engullido por el primero) es una pregunta que no estamos capacitados para resolver, pero creemos que debería, en todo caso, ser la pregunta clave de un proceso de reflexión que debería ser iniciado sin demora, en el marco de un proceso más amplio de trabajo sobre la dialéctica entre lo pri-

vado, lo público y lo común y con vistas a la concreción de una estrategia política real (que veremos más abajo).

Por último, hay que preguntarse por las consecuencias humanas (el drama más directo y perceptible) de todo este proceso de cambio en la configuración de la disciplina. En el mejor de los casos, que una arqueología alternativa como la que hemos esbozado (incluyendo el contexto político de dicho escenario: el reempoderamiento de lo público) sea capaz de absorber toda la mano de obra generada durante estos veinticinco años es algo que se antoja difícil. Parece difícil que vuelva a haber un nivel de “destrucción creativa del territorio” (como dice David Harvey) semejante. En todo caso, más allá de las necesidades imperiosas de los profesionales de la arqueología que todavía sobreviven a la crisis (habrá que ver si los dos tercios de desempleados de la arqueología producidos en los últimos cinco años son recuperables), es obligación de las instituciones de investigación trabajar en escenarios que prefiguren modelos de negocio (en el sentido amplio del concepto) y actividades alternativas, y reclamar una política científica que no sea auto-destructiva. Como es obligación de los gestores del patrimonio empezar a alzar la voz e intentar parar la espiral destructora neoliberal emprendida desde las altas instancias de la administración. Se hace difícil pensar en un empoderamiento social en torno a la arqueología y el patrimonio mientras se producen cambios legales (por ejemplo, en Madrid, punta de lanza de esta tendencia) que apuntan en la dirección opuesta. En el peor de los casos, de seguir el proceso de expropiación de lo público por la oligarquía financiera nacional y transnacional, la arqueología será despojada del grueso de su fuerza de trabajo (ya lo está siendo) y se convertirá en una práctica científica, por un lado, residual (ejercida por un sector académico envejecido y enclaustrado) y, por otro lado,

marginal (convertida en una actividad para dilettantes y voluntarios en la periferia del sistema). Ni siquiera la gestión del patrimonio, ni la arqueología aplicada, tal y como las entendemos hoy, existirían en este escenario.

En resumen y en conclusión, desde nuestro punto de vista, hoy más que nunca se hace difícil concebir un escenario para una arqueología parecida a lo que (casi) todos los profesionales desearíamos, sin concebir las condiciones sociales, económicas y políticas que la podrían posibilitar. Esto es: se nos antoja más absurdo que nunca pensar en que los problemas de la arqueología, a todos los niveles, puedan ser resueltos al margen de la acción política. Así pues, todas las preguntas acaban por resumirse en una, ya formulada en su momento (y respondida según las circunstancias históricas): ¿qué hacer?

Aquí va un intento de respuesta, una propuesta para la que (por qué no) anhelamos adhesiones:

-Iniciar un proceso participativo, a escala local, para recabar demandas sociales en relación con la arqueología y el patrimonio y para socializar un concepto alternativo de arqueología y de patrimonio.

-Iniciar un proceso participativo, incluyendo el nivel experto, para articular estas demandas sociales en una propuesta de política científica y patrimonial.

-Integrar estas propuestas en los programas políticos de las formaciones que se muestren interesadas. En realidad, este sería el primer punto, o, en todo caso, estos tres primeros puntos serían simultáneos. Y por formaciones interesadas no nos referimos a partidos que se limiten a incluir una alusión al tema en sus programas electorales.

-Estas propuestas de política científica y patrimonial deberían contemplar varias líneas de reflexión y concreción, todas ellas relacionadas, por supuesto, con un horizonte de cambio en el modelo de gestión de la vida social (y, por lo tanto, también de la ciencia y el patrimonio). En este sentido, estas cuestiones no se pueden entender sin un contexto global de cambio (sólo en ese contexto podemos considerar la dimensión utópica de la propuesta).

-Los bienes, espacios y eventos patrimoniales pueden funcionar como recursos para el desarrollo humano, en el pleno sentido del concepto “desarrollo” (no en la acepción secuestrada por el discurso hegemónico).

- Esto significa, en primer lugar, que, aunque el patrimonio cultural tiene más valores aparte del económico, igual que el desarrollo tiene más vertientes que la económica, la dimensión económica es esencial al ser humano, y ésta no puede ser dejada en manos de quienes no tendrían escrúpulos en convertirlo en el negocio de unos pocos.
- También significa, en segundo lugar, que la arqueología, básica o aplicada, es un modo legítimo por el que la gente aspira a ganarse la vida. Escuchando y leyendo a algunos críticos de la gestión del patrimonio parece que esta evidencia no les importa mucho; sin embargo, es decisiva para integrar la sensibilidad de los profesionales de la arqueología en una estrategia como la que pretendemos.
- En tercer lugar, significa que no hay futuro deseable para una arqueología (para ninguna ciencia, en realidad) que se desarrolle al margen de la sociedad y de la comunidad; la sociedad debe compartir y apreciar la forma en que el conocimiento es producido, pero conviene distinguir el proceso de socialización de la ciencia del proceso de socialización del patrimonio...

- ...que se situaría en un cuarto lugar, y que significa que el patrimonio debe ser socializado en los terrenos cognitivo (todo aquel conocimiento que no proviene necesariamente del quehacer científico, pero que es valioso), ético (las actitudes hacia el bien común y la gestión de la sociabilidad) y expresivo (el fomento de la creatividad propia y el aprecio de la ajena). El patrimonio no es simplemente una entidad que nos proporciona información sobre una instancia dada, sino que es un “lugar” (material o no), en el sentido antropológico de la palabra, donde se conforman identidades y se materializan relaciones sociales (donde se aprende a ser social, por decirlo en dos palabras).
- En quinto lugar, significa la necesidad de integración de la política patrimonial en una estrategia de desarrollo humano global (y alternativa: en la línea, por ejemplo, del Sumak Kawsay ecuatoriano), articulada con las políticas educativas, culturales y científicas, que responderían igualmente a esta estrategia.

-Y todo esto partiendo del hecho de que el patrimonio no es neutral, ni mucho menos intrínsecamente “bueno”, sino que es un campo en el que se materializan las relaciones sociales, con toda su heterogeneidad y sus contradicciones. Todo proceso de patrimonialización, para ser un recurso (en la línea de lo expuesto), debe llevarse a cabo de forma participativa y democrática, lo que no significa, por un lado, que no deba existir una instancia de mediación (los especialistas; y no nos referimos sólo a los investigadores que producen conocimiento histórico, sino a todos los profesionales que pueden llegar a intervenir en un proceso de patrimonialización), ni, por otro lado, significa que los intereses sociales sean unívocos u homogéneos. Pero la existencia de una instancia mediadora y de un campo de

conflicto, posibilita, paradójicamente, la negociación. En última instancia, el patrimonio materializa las contradicciones sociales existentes y posibilita o encamina su resolución, negociada o no.

-En cualquier caso, la legitimidad para decidir qué es patrimonio y qué no, y cómo se gestiona, no reside en exclusiva en una administración que hace mucho tiempo que se ha independizado de la gente y que actúa conforme a los intereses de la oligarquía (nos referimos a los niveles políticos de la administración, claro está; desde nuestro punto de vista, los técnicos de la administración también son “gente”). Pero no es fácil ubicar una instancia de legitimidad distinta a esta, aunque nos pueda parecer evidente que el sistema democrático parlamentario está totalmente pervertido y desvirtuado: por eso es necesario conectar nuestra propuesta de modo de patrimonialización con los escenarios alternativos que se perciben y comienzan a perfilarse, al mismo tiempo que es necesario repolitizar el trabajo con y en torno al patrimonio.

-En esto se podría resumir nuestra propuesta: es necesario recuperar la dimensión política del trabajo con el patrimonio (nivel micro) como es necesario reintegrar (o integrar plenamente) el patrimonio en la política (nivel macro).

A modo de conclusión: hace un par de meses tuve la ocasión de compartir estas inquietudes, durante varias semanas, con los alumnos del Máster de Arqueología y Ciencias de la Antigüedad, de la Universidad de Santiago de Compostela, en el que la institución a la que pertenezco (Incipit, CSIC) está participando. En concreto, tuve a mi cargo la mayor parte de la

docencia de una asignatura denominada Patrimonio Arqueológico y Sociedad. Durante buena parte del cuatrimestre fue difícil hacer participar a los alumnos, pero, poco a poco, se fue disolviendo la percepción de una relación profesor – alumno y se generó una dinámica de discusión y problematización del patrimonio y la arqueología (ésa era mi intención desde el principio, aunque es posible que sea responsabilidad mía el no haberlo logrado hasta las últimas semanas). Fraculé en mi intento de generar un debate a partir de las mismas preguntas que nos ha cursado la dirección de Arqueoweb, probablemente porque la clase (ellos y yo) aún no estaba madura para ello. Sin embargo, a raíz de comentar determinadas lecturas y noticias de prensa, logramos conquistar un digno espacio para la controversia, y los temas discutidos seguían siendo, en el fondo, los mismos que yo había pretendido trasladar de manera más directa (algunos alumnos también me entregaron brillantes trabajos reflexionando sobre la disciplina y su contexto, aportando sus propias respuestas a estas preguntas, aunque formuladas de distinta manera). Allí se manifestaron todas las cuestiones que he tratado de poner en relación a lo largo de este texto: si la arqueología es una ciencia o no sólo una ciencia, si el patrimonio es intrínsecamente bueno o es un campo social contradictorio, si la disciplina debe dedicarse a producir conocimiento sobre el pasado o también a gestionar el presente, ante quién somos responsables de nuestro trabajo, si es responsabilidad nuestra hacer política o no, y, sobrevolando de manera constante todos los debates, la esperanza e ilusión de un grupo de personas jóvenes que legítimamente aspiran a ganarse la vida con esta profesión. ¿Será posible?

Arqueología para el futuro en un mundo globalizado

Jesús F. Torres Martínez (Kechu)

Arqueólogo e investigador

Instituto Monte Bernorio de Estudios de la Antigüedad del Cantábrico (IMBEAC)

ARQUEOLOGÍA: ¿PARA QUÉ?

La Arqueología no solo es útil y necesaria, resulta imprescindible. Lo es, porque permite recuperar información sobre las sociedades del pasado y obtener conocimiento de ellas. Y lo hace a través de restos materiales que son evidencias físicas (contenedores de información) sobre nuestro comportamiento y nuestras creencias. Es la mejor herramienta que tenemos para documentar los momentos más alejados y desconocidos de la historia de los humanos y, también, del planeta. Pero, además, la Arqueología permite un acercamiento diferente y complementario a momentos de la Historia de los que tenemos también testimonios escritos. Por tanto, mejora nuestro conocimiento del pasado ofreciendo un punto de vista diferente, frecuentemente más próximo y humano, de las formas de vida y los acontecimientos de los que, hasta hace poco tiempo, solo era posible acceder a través de los testimonios escritos.

Todas las sociedades humanas necesitan preservar, conocer y hacer presente su pasado. Cuanto más complejas y extensas son estas, más necesario se hace conocer y comprender el pasado colectivo. Y más necesario resulta, además, que este conocimiento sea objetivo, alejado de distorsiones y fabulaciones de cualquier tipo. Una sociedad globalizada necesita una Historia global, una “Historia de Especie”. La Arqueología es una herramienta de primera magnitud, flexible, potente y en continuo desarrollo, para afrontar estas

nuevas necesidades. Para obtener conocimiento y construir con él un patrimonio cultural común.

La proporción de lo que los humanos desconocemos de nuestro pasado, de nosotros mismos, es mucho mayor que lo que conocemos. Pero además, el tamaño de todo eso desconocido se hace más y más grande conforme avanza la investigación arqueológica de nuestro pasado. Hay un enorme yacimiento de recursos de experiencia humana pretérita y de mundos apenas imaginables por descubrir. Y todo esto es necesario, imprescindible, para afrontar nuestro futuro.

ARQUEOLOGÍA: ¿PARA QUIÉN?

Por su carácter científico y por el tipo de evidencias que maneja, la Arqueología se dedica a la construcción de un patrimonio común de la humanidad: la Historia de la Especie Humana en el contexto del planeta en el que habita. Esto supone la superación de los discursos históricos contruidos en función de los grupos que detentan el poder o de colectivos como grupos sociales o naciones. La Arqueología (y especialmente la Arqueología Prehistórica) en su desarrollo ha puesto en evidencia, más que ninguna otra disciplina histórica, la necesidad de una “Historia de todo el mundo”. De un protagonismo colectivo de la especie humana como la suma de todos y cada uno de los humanos y, en extensión, de todos los actores de la vida en el planeta que son compañeros de viaje de los humanos y forman parte de su vida y su cultura.

Por tanto, la Arqueología debe estar al servicio (debe permanecer al servicio) de todos los humanos, en su conjunto e individualmente, sin ninguna distinción. Por esto, los arqueólogos deben hacer un esfuerzo para aunar exigencia científica y capacidad divulgadora y así hacer llegar el conocimiento de nuestro pasado a todos los ámbitos de la sociedad. Por eso, tal vez en la actualidad sea una necesidad de primer orden desarrollar discursos que permitan acceder a la masa de la población al conocimiento arqueológico del pasado. Para que puedan hacerlo suyo e interiorizarlo como parte de nuestra experiencia colectiva humana. Y que, individualmente, todos puedan afrontar sus decisiones, en el grado de responsabilidad que le corresponda a cada uno en cada momento, conociendo y teniendo en cuenta la mayor cantidad que sea posible del bagaje cultural humano.

ARQUEOLOGÍA: ¿CÓMO?

La Arqueología es una disciplina joven y aún en proceso de desarrollo. Por tanto creo que es muy sano que haya muchas formas de hacer Arqueología, siempre que se acepten los mínimos exigibles a una actividad científica. La Arqueología se ha ido construyendo como método científico progresivamente, mientras se ha ido practicando. Hemos aprendido de nuestras distintas experiencias, de los aciertos y fracasos y mejoramos continuamente al enfrentarnos al desafío permanente de nuestra práctica profesional.

Es bueno y necesario que exista la suficiente libertad para crear distintas formas de realizar la práctica arqueológica, pero esta debe ir acompañada de un irrenunciable compromiso con la búsqueda de la verdad en el estudio de las sociedades humanas del pasado. Esto no significa pretender detentar la “Verdad” de un modo dogmático. Significa aceptar un irrenunciable compromiso ético y moral, una responsabilidad,

que nos obliga a formular con honestidad interpretaciones y discursos que creemos que son ciertos. Discursos llenos de “intención de verdad” en los que se hace evidente tanto un profundo respeto hacia los humanos del pasado, como para con los humanos del presente y los del futuro. Los arqueólogos debemos ser y comportarnos con una completa honestidad profesional ya que nos convertimos en la voz del testimonio de los humanos del pasado. Y nuestro testimonio permanece a través del tiempo.

La variedad en los métodos y enfoques a la hora de hacer Arqueología, y la participación de otras disciplinas afines, deben repercutir en una mejora continua de los procedimientos de obtención de evidencias y de su interpretación. Es necesaria la diversidad de enfoques teóricos y procedimientos, pero creo que lo mejor es asumir esta pluralidad como la disponibilidad de una diversidad de herramientas para obtener conocimiento y no como la elección de caminos o creencias excluyentes. Debemos construir distintos enfoques y puntos de vista, pero no doctrinas. Debemos comportarnos como investigadores rigurosos pero flexibles y no dogmáticos.

También es muy importante comprender que sin interpretación no hay Arqueología. Excavar yacimientos, extraer materiales, describirlos, analizar evidencias, catalogar estilos o cualquier otra actividad que pueda parecer revestida de una apariencia científica no dota por sí misma de contenido científico a una intervención arqueológica. Es la explicación, la interpretación de los comportamientos de las sociedades humanas que generaron el yacimiento arqueológico y sus contenidos, lo que caracteriza al arqueólogo como científico y lo distingue del mero excavador: la generación de un discurso histórico a partir de evidencias físicas, empíricas.

Por tanto es importante entender que un arqueólogo debe completar su formación científica como investigador con la práctica de la arqueología.

logía en los yacimientos arqueológicos. Si no se conoce de modo riguroso y exhaustivo cómo funciona el proceso de descubrimiento y extracción de estructuras y materiales arqueológicos y cómo se documenta e interpreta el sustrato arqueológico y sus contenidos, no se puede interpretar como lo hace un arqueólogo. No se puede generar un discurso genuinamente arqueológico.

De este modo, debemos asumir que la Arqueología es siempre una actividad científica con un enorme grado de exigencia que debe ser desarrollado por profesionales cualificados. Profesionales que acepten la necesidad de formación continua y el compromiso ético y moral que conlleva esta actividad. Profesionales no solo capaces de contextualizar crono-culturalmente un yacimiento o materiales arqueológicos, sino también de interpretarlos. Porque la actividad investigadora científica no solo consiste en documentar un fenómeno sino, y principalmente, desentrañarlo, comprenderlo esencialmente y explicarlo en la medida de nuestras posibilidades y asumiendo nuestras limitaciones.

Por tanto, no existe una Arqueología hecha dentro del ámbito académico que es diferente de la que se hace fuera del ámbito académico. Solo hay un tipo de Arqueología: esta es siempre una misma actividad científica por mucho que se desarrolle en distintos ámbitos de actuación.

ARQUEOLOGÍA: ¿POR QUÉ?

La humanidad ha llegado a un punto de desarrollo en el que tenemos plena conciencia de nuestro carácter de especie. También tenemos conciencia de nuestras responsabilidades como especie dominante en este planeta para la preser-

vación de este como hogar colectivo de los humanos y de todo lo que permite la vida. Conocemos nuestra fragilidad y nuestras limitaciones tanto como nuestras asombrosas posibilidades. Esto incluye la necesidad de definir nuestro modelo de desarrollo y comportamiento colectivo ante el futuro. E incluye también la necesidad de implicarnos, de un modo que era impensable hasta hace muy pocas décadas, en la construcción de nuestro futuro colectivo.

Para esto, los humanos necesitamos urgente e imperiosamente la recuperación de nuestra historia colectiva, de nuestra memoria como especie. Necesitamos elaborar un registro de conocimiento del pasado como nunca hasta ahora podíamos haber concebido. Una historia mucho más rigurosa, profunda y exhaustiva que los discursos conocidos hasta el presente. Una historia que permita tomar decisiones colectivas como nunca hasta ahora los humanos lo habíamos hecho. Porque necesitamos conocernos y conocer el mundo en el que vivimos, saber cómo hemos sido y cómo somos, saber cómo era el mundo en el que vivíamos y como hemos vivido en él. De este modo podremos seguir adelante, podremos tomar las decisiones adecuadas y podremos aprender a preservar nuestro mundo (con todo lo que contiene) y a preservarnos a nosotros mismos. Cuanto más conozcamos sobre nuestro pasado colectivo mejor podremos planificar y tomar decisiones adecuadas que mejoren nuestras condiciones de vida y nuestras expectativas futuras.

En este sentido la Arqueología es una ciencia del conocimiento del pasado que permite, como pocas, sentar las bases de un futuro mejor. Porque es la ciencia de la experiencia colectiva humana.

Arqueología y crisis desde una administración de cultura autonómica

Teresa Sagardoy Fidalgo

Técnica Superior en Arqueología.

Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

tsagardoy@jccm.es

Las crisis siempre son buenos períodos de reflexión y es bien sabido que la Arqueología tal y como la hemos conocido en estos últimos años necesitaba de ello. Desde las administraciones de cultura autonómicas la gestión arqueológica ha sufrido las consecuencias del boom inmobiliario, en el que nuestra actividad ha quedado relegada a un mero instrumento de liberalización del suelo para su posterior urbanización. Las administraciones se han visto congestionadas por una gran avalancha de proyectos a tramitar, con un escaso personal especializado superado por las circunstancias e incapaz de ejercer un control efectivo sobre estas actuaciones. Todo ello ha supuesto que en muchas ocasiones se haya perdido de vista el objetivo fundamental de nuestra disciplina, que es el conocimiento del pasado, pesando más las necesidades urbanísticas, los intereses económicos y las presiones políticas.

Afortunadamente no todo ha sido así, al calor de la bonanza económica desde las administraciones autonómicas también se han promovido importantes programas de investigación arqueológica, se han realizado políticas de musealización y difusión de este patrimonio y se han ampliado -o directamente creado- las plantillas de profesionales de la Arqueología dentro de la administración. Este último punto es importante porque hasta que no ha habido arqueólogos/as directamente trabajando en la administración no se ha promovido realmente una protección efectiva de nuestro patrimonio, insistiendo en la necesidad de la realización de inventarios y cartas arqueológicas, desarrollando un importante esfuerzo normativo y elaborando planes de gestión y difusión. Todo

ello ha contribuido a que hoy se conozcan y protejan mejor los bienes arqueológicos y a que la Arqueología se encuentre inmersa en muchos procedimientos de gestión administrativa como la evaluación de impacto ambiental, la planificación urbanística o la gestión turística.

Con la llegada de la crisis, en las administraciones hemos sufrido drásticos recortes de plantilla, lo que supone la paralización o ralentización de muchas de las tareas que se venían llevando a cabo, así como la supresión de inversión en programas de investigación y difusión. Casi hemos vuelto a la coyuntura de los años 80 del pasado siglo, aunque con un bagaje y una experiencia mucho más amplia en cuanto a gestión arqueológica se refiere. Es hora pues de reflexionar sobre lo que hemos hecho estos últimos años, para qué ha servido y hacia dónde queremos ir. ¿De verdad eran necesarios para nuestro desarrollo socioeconómico tantas infraestructuras y nuevas urbanizaciones hoy medio abandonadas?, ¿ha merecido la pena la destrucción de tanto Patrimonio Arqueológico?, ¿cuánto conocimiento de calidad hemos obtenido de todas esas intervenciones arqueológicas?, ¿cuánto de ese conocimiento ha llegado a la comunidad científica y cuánto a la sociedad en general?, ¿hemos cumplido realmente con lo que nos hizo dedicarnos a esta profesión, es decir, profundizar en el conocimiento de nuestro pasado?

¿Para qué sirve la Arqueología?

A pesar de que desde hace ya treinta años la Arqueología se encuentra inmersa en muchos

procedimientos administrativos, a menudo se me hace esta pregunta desde el mundo de la arquitectura, desde alcaldías o empresas promotoras, que a veces ven los estudios arqueológicos como una carga económica y un retraso temporal innecesario del que no obtienen rentabilidad alguna.

Como rezan la mayoría de manuales universitarios sobre nuestra disciplina, la Arqueología sirve para conocer nuestro pasado a través de la cultura material. Esto, que suena tan trascendente y tan poco práctico a corto plazo, es más necesario hoy que nunca, cuando algunos sectores de la sociedad nos quieren imponer un modelo socioeconómico concreto, haciéndonos creer que las cosas sólo pueden funcionar así. Sabemos por la Antropología de sociedades lejanas a la nuestra que tienen otras formas de vida, pero la Arqueología nos muestra aquí y ahora, en nuestra propia geografía y con restos tangibles, que quienes nos precedieron han vivido de formas múltiples y diversas, que hemos experimentado variados sistemas de creencias, formas de organización social, sistemas de explotación del territorio, etc. y que nuestra creatividad como sociedad es muy amplia. Todo ello lo resume muy bien A. González-Ruibal cuando dice que *“un túmulo megalítico es una demostración de que otro mundo es posible”* (idem 2012: 108).

En un plano más concreto y cotidiano, el que se vive desde las administraciones de cultura, los estudios arqueológicos sirven para conocer cómo son y dónde están situados esos restos de nuestro pasado, con el fin de protegerlos y evitar que se destruyan. La Arqueología sirve para conocer cómo se habitaba el mundo rural o nuestras ciudades históricas, dónde estaba el barrio árabe o judío y lo que nos podemos encontrar a la hora de reformar una plaza o nuestra vivienda. Sirve para conocer los edificios históricos, y no sólo su subsuelo, sino sus distintas fases constructivas, qué partes son originales y cuáles no o si sus paredes albergan pinturas; en este sentido resultan indispensables antes de acometer cualquier restauración. Todos estos estudios, ya sean prospecciones, sondeos, excavaciones o lecturas de paramentos, nos proporcionan un mayor conocimiento sobre nuestro

pasado y la posibilidad de elegir si lo conservamos o no.

Conociendo esta realidad mediante la Arqueología, se pueden poner en valor los ejemplos más relevantes a través de múltiples facetas de la difusión: publicaciones, exposiciones, aulas de interpretación, etc. La musealización de los propios bienes arqueológicos a través de parques arqueológicos, yacimientos visitables o rutas arqueológicas sirve también para dinamizar zonas rurales deprimidas y ciudades históricas, siendo la base en muchos casos del turismo cultural de una determinada región. Todo ello ilustra cómo vivían las gentes de nuestro pasado y devuelve a la sociedad ese conocimiento que, no lo olvidemos, paga con sus impuestos.

¿Para quién se hace?

En teoría la Arqueología ha de hacerse para el conjunto de la sociedad, ya que es ésta quien estima como una necesidad fundamental proteger los restos de su pasado, como queda reflejado en la legislación internacional y nacional. Si bien esto es cierto, también lo es que no se ha llevado a cabo de una manera muy diligente por parte de las personas que nos dedicamos a la Arqueología, por lo menos en los últimos años.

Si nos fijamos en la mayor parte de las actuaciones que se tramitan en una administración autonómica, podríamos decir que en torno al 90% de ellas corresponden a la llamada “Arqueología de Gestión”, mientras que una minoría son proyectos de investigación con objetivos concretos. Es decir, la mayor parte de las intervenciones han venido motivadas por la obra pública y privada, con el objetivo de “liberar el suelo” y que una obra pueda realizarse. Hemos trabajado para cubrir las necesidades de empresas promotoras públicas y privadas, no las necesidades de la Arqueología y ¿qué hemos obtenido de esas intervenciones? Aunque también se han realizado buenos trabajos de investigación a colación de estas obras y nuestro conocimiento del Patrimonio Arqueológico ha aumentado cuantitativamente, es un hecho

que la mayoría de las intervenciones se han realizado en unas condiciones muy precarias, con presiones y plazos excesivamente cortos. La mayoría de ellas han tenido como resultado la excavación y posterior destrucción de los yacimientos, y lo único que ha quedado de ellos son ingentes cajas de materiales que colapsan los museos e informes almacenados en los archivos de la administración.

Con respecto a estos informes y memorias, muchos de ellos se reducen a una mera tarea descriptiva con escasa o nula labor de interpretación y ajenos a toda teoría o investigación histórica ¿de qué nos sirve tener 2 folios descriptivos de unidades estratigráficas si no realizamos un esfuerzo de análisis histórico? La mayoría de estos trabajos no serán nunca publicados, aunque algunas comunidades han intentado poner remedio a este problema mediante anuarios y otro tipo de publicaciones, y es muy escaso el porcentaje de ellos que lo hará en clave de divulgación por lo que, lamentablemente, lo que hemos devuelto a la sociedad ha sido muy poco.

¿Cómo llegar a una mejor Arqueología?

Está claro que la coyuntura de crisis actual y el escaso personal y presupuesto con el que cuentan las administraciones de cultura no facilita mucho nuestra labor. Hay cuestiones como la necesidad de ejercer un control más efectivo sobre las intervenciones, el expolio, etc. que conllevan directamente un aumento de las plantillas de profesionales tanto en la administración autonómica como local, pero hay otras medidas que dependen sólo de un cambio de enfoque, de mejorar la planificación o de rentabilizar los recursos disponibles.

Desde las administraciones de cultura es el momento de realizar una verdadera Arqueología Preventiva (Martínez y Castillo 2007, Querol 2010: 316 y ss.), definida como el conjunto de actividades destinadas a identificar y proteger el Patrimonio Arqueológico antes de que cualquier tipo de incidente pueda afectarle. En primer

lugar es hora de conocer mejor nuestros bienes arqueológicos, realizando o completando los catálogos, cartas de riesgo y cartas arqueológicas, que por lo general existen para el ámbito rural, pero no siempre en las ciudades y conjuntos históricos. Conociendo mejor estos bienes podremos establecer jerarquizaciones en la protección: desde reservas arqueológicas que no se puedan tocar, hasta yacimientos que tras su estudio puedan ser destruidos sin problemas. Todo ello permitirá planificar cómo puede desarrollarse un conjunto urbano y logrará que cuando se vaya a producir una obra podamos prevenir mejor las afecciones sobre los bienes arqueológicos, reduciendo la sorpresa y el hallazgo casual, lo que suele implicar un coste económico y social alto. Esto nos permitirá también minimizar la destrucción del Patrimonio Arqueológico que hemos sufrido en las dos últimas décadas, evitando las excavaciones en área como mecanismo principal de “protección”.

Es el momento también de realizar planes directores, planes especiales y de gestión sobre los bienes arqueológicos -muy necesarios en el ámbito urbano- que estén consensuados socialmente y se desarrollen en fases a corto, medio y largo plazo. En la medida de lo posible han de contar con recursos económicos y humanos claramente definidos, siendo autónomos frente a la coyuntura política (Castillo 2011: 1058).

En cuanto a la normativa, aún son muchas las comunidades que no tienen protocolos de actuación arqueológica bien definidos que solventen la excesiva burocratización y agilicen los trámites con las personas profesionales y particulares. También es necesario un mayor esfuerzo de coordinación entre comunidades. Hemos asistido en estas últimas décadas a una proliferación de leyes autonómicas, reglamentos de Arqueología y multiplicación de las figuras de protección, que dificultan mucho nuestra profesión cuando se trabaja en más de una comunidad autónoma.

Aún falta establecer más medidas de colaboración interadministrativa, con urbanismo, medio ambiente, turismo, diputaciones y ayuntamientos. Debe haber una colaboración

más estrecha entre la administración de cultura y urbanismo, de forma que haya desde el principio profesionales de la Arqueología que se impliquen en la planificación de nuestro suelo y en la realización de los catálogos urbanos. Hay recursos desaprovechados, como las medidas compensatorias que aplican otras administraciones como medio ambiente, que pueden destinarse al estudio o conservación de los bienes arqueológicos y pocas veces se utilizan para este fin. A veces se producen descoordinaciones cuando sobre un mismo bien intervienen varias administraciones: nacional, autonómica y municipal, por ejemplo en las ciudades históricas y otras veces se produce un solapamiento de funciones entre autonomías, diputaciones y ayuntamientos, por ejemplo en lo relativo al turismo cultural. Establecer medidas de concertación no implica coste alguno, tan sólo un mayor esfuerzo de entendimiento entre administraciones.

Y nuestra asignatura siempre pendiente, la sensibilización social con respecto al Patrimonio Arqueológico y nuestro trabajo como profesionales de la Arqueología. Cuando hablamos de sensibilización, casi siempre nos referimos a la difusión en clave de publicación o de musealización de unos restos. Es verdad que hace falta más trabajo en este sentido, pero si queremos que se valore más positivamente nuestra profesión, debemos empezar a implicar a la sociedad en muchos más aspectos de nuestro trabajo y no tratarla sólo como receptora final del “producto arqueológico”.

Desde las administraciones de cultura es el momento de incluir en todas nuestras actuaciones más participación social –a veces nos olvidamos de que trabajamos para la ciudadanía- empezando por usar un lenguaje más comprensible en nuestros escritos, mejorando la accesibilidad a los recursos que gestionamos: catálogos, consulta de expedientes e informes, etc. y estableciendo más medidas de transparencia: cómo se organizan los servicios, qué actividades llevamos a cabo, cómo se adoptan las decisiones y quiénes son las personas responsables. Herramientas como los estudios de percepción pública, las encuestas poblacionales o los grupos de discusión deber-

ían ser más habituales a la hora de realizar nuestros planes y políticas de gestión.

Hay pequeñas actuaciones que desde la administración se podrían promover para incluir más participación social en nuestro trabajo. Por ejemplo en determinadas actuaciones de interés –una plaza pública, una iglesia, etc.- podría obligarse a hacer un “abierto por obras” de forma que la ciudadanía pueda visitar la intervención un día a la semana con un horario determinado o se puede requerir que instalen carteles en las vallas de obra que expliquen el por qué de una intervención y los principales hallazgos. Actuaciones en esta línea, que no suponen apenas costes, producirían mayor aprecio y reconocimiento social hacia el Patrimonio Arqueológico y nuestra profesión.

Debemos planificar mejor lo que se pone en valor y lo que no y contar siempre con el posterior mantenimiento de estos bienes. No en todos los ayuntamientos ha de haber un museo arqueológico o un aula de interpretación, ni cualquier resto que se encuentre en una ciudad histórica ha de ser musealizado. Hay que elegir muy bien lo que se difunde o no, conservar un fragmento de muro en un parking no siempre está jugando a favor del respeto a la Arqueología sino que muchas veces va en su contra, por ejemplo si no está explicado con medios adecuados o no se encuentra incluido en una de las rutas arqueológicas urbanas. Es ingente la cantidad de recursos y energía que cuesta poner en marcha esas actuaciones, muchas de las cuales luego quedan en el olvido, con carteles deteriorados e ilegibles y los bienes en grave estado de deterioro.

Con respecto a la publicación de los resultados de las intervenciones también desde la administración se pueden arbitrar soluciones, por ejemplo la publicación directa de las memorias mediante los anuarios y revistas on line, como ya hacen algunas comunidades autónomas. Claro que para ello deben establecerse prescripciones técnicas concretas sobre los contenidos y estructura de las memorias para que sean de mejor calidad y la obligatoriedad de publicarlos, de forma que se incluyan desde el principio en los presupuesto de cualquier

intervención. También deberían incluirse breves resúmenes divulgativos con imágenes de las intervenciones para colgarlos en las páginas web de difusión cultural de la administración o para su uso como notas de prensa en los medios locales.

Por otra parte, desde la administración -y aquí tienen el papel fundamental las universidades-, se deben promover programas de investigación para ir resolviendo las lagunas de conocimiento científico que se tienen sobre un tema concreto o una región determinada. La mayoría de las personas profesionales de la Arqueología, por las circunstancias a que a veces está sometido su trabajo (bajo salario y malas condiciones laborales, escasos plazos, presión de la empresa promotora, presión de la administración, etc.) no siempre va a poder realizar un trabajo de investigación profunda, por eso la administración debe promover esa malla de conocimiento donde las pequeñas actuaciones de la Arqueología Preventiva puedan insertarse.

Por último, no podemos perder de vista que la administración autonómica ha de proteger, tutelar y coordinar la gestión de nuestro Patrimonio Arqueológico pero no podemos esperar que se ocupe de todo. Hace falta más colaboración con otros agentes en la gestión, tanto administraciones locales, como empresas y profesionales privados, grupos de acción local, asociaciones culturales, etc. en definitiva, implicar a la sociedad en su conjunto en la gestión y no sólo en la difusión de nuestro trabajo. No olvidemos que al Patrimonio Arqueológico no lo protegen las leyes ni la administración, sino la gente que lo valora, que se identifica con él y que se compromete en su conservación. La participación social es indispensable si queremos que la actividad arqueológica sea sostenible.

Referencias bibliográficas

- CASTILLO MENA, A. (2011): «Guía de Buenas Prácticas en Patrimonio Mundial: Arqueología». En A. Castillo (ed.) *Actas del Primer Congreso Internacional de Buenas Prácticas en Patrimonio Mundial: Arqueología*: 1054-1059. Editorial Complutense. Madrid.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2012): «Hacia otra arqueología: diez propuestas». *Complutum* Vol. 23 (2): 103-116.
- MARTÍNEZ DÍAZ, B. y CASTILLO, A. (2007): «Preventive Archaeology in Spain». In *European Preventive Archaeology. Papers of the EPAC Meeting*. Consejo de Europa, Vilnius: 187-208.
- QUEROL, M.A. (2010): *Manual de gestión del Patrimonio Cultural*. Editorial Akal. Madrid.

De la Arqueología de la mortadela a la Arqueología de la resistencia. La democratización fallida de la Arqueología española

Jorge Morín de Pablos - Rafael Barroso Cabrera

AUDEMA S. A. Departamento de Arqueología, Paleontología y Recursos Culturales

Se nos pregunta desde la dirección de la revista: “*Arqueología: Para qué, para quién, cómo y por qué*”. Cuatro preguntas que, en principio, deberían obtener una fácil respuesta en una disciplina centenaria como la arqueología.

¿Para qué? Para conocer mejor nuestro pasado, para comprender el presente y diseñar el futuro de nuestra sociedad. Un conocimiento que viene dado a través del estudio de la cultura material que han generado las distintas sociedades humanas y de la inserción de los objetos en los yacimientos y de éstos en los paisajes culturales, superando la visión de la arqueología ceñida al objeto, algo que, por sorprendente que aún pueda parecer, todavía sigue sin asimilarse del todo en nuestro país.

¿Para quién? Obviamente el arqueólogo trabaja por motivaciones puramente personales, que van desde inquietudes personales a modas y vanidades propias de la condición humana, pero sin perder nunca de vista el hecho de que el arqueólogo trabaja para la sociedad en su conjunto: desde las comunidades locales, donde realiza su trabajo en un primer nivel, a los foros científicos y la divulgación de los resultados de sus estudios con destino a un entorno globalizado. Una labor de difusión que, a día de hoy, resulta mucho más fácil de realizar para el arqueólogo y, sin duda, mucho más asequible al gran público gracias a la revolución que ha su-

puesto para nuestro mundo el desarrollo de Internet.

¿Cómo? La práctica arqueológica puede ser desempeñada en el sector público o privado. En lo público, en la universidad, museos o institutos de investigación como el CSIC; en el sector privado, en empresas de arqueología, fundaciones, etc. Pero tanto en uno como en otro caso la práctica de nuestra disciplina debe ir siempre ligada a la investigación.

En efecto, es la investigación científica la que faculta el desarrollo de una práctica de la disciplina de manera correcta, que sea realmente crítica y ética a la vez. En realidad, si no hay investigación resulta difícil, diríamos imposible, realizar una práctica de nuestra disciplina que no esté anquilosada. No vamos a entrar en el debate estéril de la existencia de una investigación ligada al mundo universitario, por un lado, y otra “profesional” o de gestión, que se asocia comúnmente a la práctica privada. En términos generales, en los dos ámbitos, público o privado, resulta factible desarrollar el ejercicio de la profesión, si bien en ambos casos también la ausencia de una auténtica labor de investigación viene siendo, por desgracia, una constante. No descubrimos nada nuevo al afirmar que la arqueología en España es, en gran medida, ágrafa y, lo que es aún peor, pueden contarse por miles los ejemplos de ausencia absoluta de investigación. De hecho, no hay más que ver la escasa influencia de la arqueología española –salvo las

raras excepciones personales que todos conocemos y que cada cual cree encarnar— en el concierto internacional.

En realidad, a día de hoy el crédito de la arqueología española en el mundo académico internacional es prácticamente inexistente. A diferencia de otras disciplinas, como la historia o la epigrafía, donde es fácil encontrar profesionales y estudios reconocidos en el ámbito internacional, el papel de la arqueología española es prácticamente nulo y se limita a proporcionar datos que luego son procesados por investigadores extranjeros. Y eso en el mejor de los casos, porque la realidad es, en demasiadas ocasiones, la simple ignorancia de los trabajos realizados en nuestro país. A ello ha contribuido sin duda la regionalización de los estudios y la falta de una dirección conjunta de los proyectos de investigación, pero también, no cabe duda, la desidia de los que se supone son profesionales del sector.

¿Por qué? En un mundo postmoderno, en el que parece que toda la información está en la red, resultan cada vez más obvias las inmensas carencias que aquella presenta. A ello se suma una peculiaridad excepcional del registro arqueológico, a saber: sigue siendo una fuente de información para la reconstrucción histórica no sujeta a manipulación (al menos no en la medida que presentan las fuentes documentales) ni en el pasado ni en el presente (pues a nadie se le ocurriría manipular nuestra “basura” para desorientar a unos hipotéticos arqueólogos del futuro). De hecho, si un arqueólogo del futuro estudiara el “paisaje del boom económico” de la última década, le resultaría fácil elaborar un SIG con las infraestructuras diseñadas, el inmobiliario construido, etc. Un panorama ciertamente complejo, pero cuyo estudio podría abordarse de manera muy semejante a como un arqueólogo clásico afronta en la actualidad el estudio de la “crisis del III d.C.”.

Para muchos de nosotros, la arqueología nació como una vocación temprana, cuyo impulso nació en una etapa precoz de nuestra existencia, posiblemente durante la juventud o, incluso, en la misma niñez. Nuestra visión de la disciplina lógicamente fue variando con el estudio y la práctica de la misma, aunque, en nuestro caso personal, siempre nos ha guiado el interés por el conocimiento del pasado y el deseo de transmitir ese conocimiento a la sociedad en la que vivimos y que, en no pocas ocasiones, es la misma que nos paga. Somos conscientes que la práctica de la disciplina arqueológica va ligada a un comportamiento ético, que desgraciadamente muchas veces no existe o no se da en la medida que debiera darse. Asimismo, somos plenamente conscientes de que la sociedad generada por el capitalismo postmoderno, embarcada en la construcción de un utópico futuro de felicidad y democracia completas, apenas tiene memoria o la tiene de forma muy selectiva. Pero es precisamente por esta razón por la que sigue intacta la necesidad de disciplinas como la nuestra, cuyo ejercicio resulta todavía más necesario ya que, mucho mejor que cualquier otra, sirve para reflejar el pasado tal como fue, con sus errores y sus aciertos.

A lo largo de estos años hemos tenido la fortuna de poder escribir más de medio centenar de libros y alrededor de quinientos artículos en diversas revistas o congresos. Obviamente nuestro propósito ha sido siempre publicar dichos estudios en revistas científicas indexadas, pero tampoco hemos tenido reparo en acudir a publicaciones de ámbito local o de tipo generalista que acercaran la investigación al gran público. Puede que esto último no sea del gusto de los círculos académicos españoles, tan a menudo encerrados en una cómoda torre de marfil bajo la fácil excusa de la investigación, pero realmente a nivel personal, no cabe duda que ha sido una experiencia ciertamente gratificante. En la actualidad, sin embargo, nuestra labor de

investigación sobrevive más gracias a la amistad de arqueólogos a los que mueven los mismos valores, que al interés de las instituciones encargadas de la investigación arqueológica.

Y es que, a pesar de la imagen idílica que algunos puedan tener aún, resulta evidente que la arqueología española no ha vivido una auténtica democratización de sus estructuras. La práctica de la arqueología en España sigue realizándose de forma jerarquizada y clientelar, lo que impide en la mayoría de los casos un desarrollo de la disciplina con visión crítica. Ese es, a nuestro juicio, uno de los muchos –quizás el principal– problemas de la disciplina en la actualidad. El modelo desarrollado en el franquismo, que se empezó a fraguar inmediatamente después de la guerra civil, se ha perpetuado en el tiempo de una manera casi arqueológica. De hecho, la estructura del Estado franquista se mantuvo sin apenas variación hasta los inicios de los años ochenta, por lo que hasta entonces la práctica de la disciplina continuó ligada exclusivamente al mundo universitario y a los museos, instituciones que se encargaban de realizar las excavaciones en los diferentes yacimientos de nuestro país. Aunque entonces se puso en marcha un programa anual de publicación de memorias de excavaciones, el modelo pronto entró en barrena, siendo la práctica común la realización de campañas anuales sin la publicación de las preceptivas memorias y, lo que es aún peor, la inexistencia de proyectos que planteasen a priori qué problemas históricos se pretendían estudiar en cada campaña de excavación.

El sistema fraguado en los años del franquismo se perpetuó, corregido y degenerado, arrastrando los evidentes defectos del mismo y, por el contrario, ninguna de sus ventajas (que también las tuvo, todo hay que decirlo). La práctica en general iba ligada a excavar y a publicar lo que se descubría. Así, en el mundo

romano se excavaban los edificios de espectáculos, porque existían posibilidades de descubrir mejores y más vistosos materiales, al tiempo que se despreciaban otras áreas del yacimiento o los niveles contemporáneos, modernos, medievales e, incluso, los tardoantiguos. Esta praxis produjo sin duda un atraso con respecto a las nuevas tendencias de la arqueología, sobre todo a partir de mediados de la década de los 60. A partir de esa fecha es cuando las carencias del sistema creado en la posguerra se hicieron patentes y cuando debieron acometerse reformas en el mismo destinadas a corregirlas. Unas reformas que, sin embargo, no llegaron nunca a efectuarse y que, de forma lamentable, han perpetuado y extendido hasta la actualidad los defectos del sistema como si de un tumor maligno se tratara.

Esta mecánica no se justifica sólo por el aislamiento del país durante la dictadura, puesto que en los años sesenta y setenta dicho aislamiento era ya cosa del pasado y además, como decimos, se perpetuó después de la muerte de Franco, sino por el modelo generado, que era vertical e inmovilista. Es decir, porque se trataba de un modelo donde no se premiaba a los mejores, sino a los más dóciles. Por increíble que pueda parecer, todavía en nuestros días hay directores de yacimientos del postfranquismo que siguen “dirigiendo” yacimientos vitales para procesos históricos sin haber publicado jamás una Memoria de excavación ¿Cómo explicar esto en un país de la UE en pleno siglo XXI? En nuestra opinión, esto sólo tiene su explicación en la pervivencia del sistema clientelar en las instituciones encargadas de velar por el desarrollo de la investigación. Esta responsabilidad atañe de forma muy especial –debido a la forma como se ha gestado el modelo español de investigación– al ámbito universitario.

Durante años se ha seguido con la práctica de una disciplina anclada en una meto-

dología casi decimonónica. En la formación de los estudiantes ha primado la visión teórica de la disciplina, mientras que las escasas prácticas ejecutadas en los yacimientos se realizaban a cambio del alojamiento y manutención. En esos años de transición era habitual recibir un bocadillo de mortadela sevillana, en corte fino, casi traslúcido, a razón de tres o cuatro lonchas en media pistola de pan, a cambio de mano de obra barata y poco dispuesta a la rebelión. Esto puede dar una idea cabal del nivel de la práctica de la disciplina arqueológica en nuestro país de aquellos años de la década de los 80, ahora tan celebrada. Uno de los que aquí suscribe todavía recuerda el “shock” que le produjo su estancia en la Universidad de Siena en el año 1987, no sólo por la comida (que era excepcional), ni el alojamiento (en un convento renacentista), sino por contar con una cartografía sobre fotografía aérea a escala 1:1000, un ordenador portátil, etc. Y, lo que era más importante, la práctica de una disciplina con una visión crítica que cuestionaba los modelos existentes y generaba unos nuevos. Allí un alumno de segundo de carrera podía discutir con el catedrático, ya que lo que movía la investigación no era la perpetuación de un modelo asumido, sino la crítica y el debate continuo.

El desarrollo del Estado de las Autonomías (diecisiete Comunidades Autónomas, todas y cada una de ellas ansiosas de reescribir su historia nacional, con sus respectivos héroes y batallitas que dieran lustre al ente en cuestión) supuso el traslado de las competencias en materia de arqueología desde el Estado a los diferentes gobiernos autonómicos. Más decisivo si cabe fue el evidente desarrollo económico del país, que generaba continuas intervenciones de urgencia cuya gestión desbordó la capacidad de las instituciones implicadas en el estudio arqueológico, principalmente universidades y museos. En ese momento la Comunidad de Madrid generó un modelo –que posteriormente fue cal-

cado por el resto de las Comunidades– en el que se dejaba en manos de la iniciativa privada la gestión de estas intervenciones. Ese es, a grandes rasgos, el modelo que ha pervivido en nuestro país en los últimos treinta años.

Con el desarrollo del modelo, pareció en un primer momento que se generaban nuevos profesionales fuera de la universidad y del mundo de los museos, y que con ello se iban a revitalizar definitivamente las estructuras de la anquilosada arqueología española. Sin embargo, pasada la euforia de los primeros momentos, a día de hoy siguen sin percibirse en el horizonte claras señales de transformación del sistema. Al fin y al cabo, y como tantas veces ocurre en España, la llamada “arqueología de gestión” fue concebida como un parche provisional destinado a solucionar un problema que el sistema, por su inmovilismo, era incapaz de afrontar. Con la crisis, el parche saltó por los aires, y mientras se desinflaban las burbujas inmobiliaria y viaria, se desvanecía también el sueño de una arqueología de gestión al margen de las instituciones oficiales.

Pero este no era el único problema que debía la arqueología de gestión privada. Un punto importante fue que la creación de los primeros organismos autonómicos se nutrió de los elementos más inoperantes que el sistema clientelar no había sido capaz de asimilar en la universidad. Ciertamente es que con el paso del tiempo se han ido incorporando arqueólogos que han ganado su plaza en una oposición pública, y de cuya competencia no es posible dudar, pero en la mayoría de los casos estos profesionales no ocupan puestos de responsabilidad en el sistema, casi siempre copados por los “arqueólogos” de la primera hornada. Si el sistema desarrollado hasta entonces era, por decirlo de alguna forma, “feudal”, en algunas autonomías derivó en un sistema cuasi-mafioso, donde los intereses particulares y económicos primaron sobre

el conocimiento, la investigación y la salvaguarda del patrimonio. Es innumerable la lista de Comunidades con responsables en el área de arqueología que tenían empresas, bien ellos directamente o a través de interposición de familiares que actuaban como testaferros. Esta situación se puede apreciar con claridad en la legislación de las últimas décadas. Sin excepción alguna, todas las Comunidades Autónomas han desarrollado su propia legislación en materia de Patrimonio Arqueológico (en algún caso incluso ya van por su tercera ley). Sin embargo, son aún escasas las Autonomías que han dado a luz los Reglamentos que permiten eliminar los comportamientos arbitrarios. En estas condiciones, en la mayoría de los casos la práctica de la arqueología de gestión se desarrolló dependiendo del criterio del técnico responsable de la actuación, con los obvios los problemas que se derivan de una situación así.

Por otro lado, hay que ser también crítico con los “arqueólogos” que llegaban a nutrir el nuevo nicho del mercado arqueológico. “Arqueólogos” muchas veces pésimamente formados desde el punto de vista teórico y sin experiencia práctica alguna, totalmente ágrafos, que pasaron a dirigir y a participar en “excavaciones” arqueológicas, que repitieron lo que el modelo venía haciendo desde medio siglo antes, pero ahora a gran escala. Llegados a este punto se abre otro problema: ¿Son realmente los arqueólogos los únicos responsables de esta situación o también tiene una parte considerable de responsabilidad una universidad que imparte un título que faculta a alguien para ejercer la correspondiente profesión sin estar cualificado? ¿Qué cuota de responsabilidad les corresponde a las diversas administraciones autonómicas que tenían que haber controlado la calidad de los trabajos? Como se ha dicho, para bien o para mal, la crudeza de la crisis que vive nuestro país ha puesto fin a esta dramática situación al bo-

rrar de un plumazo el ejercicio de la arqueología privada.

Nos podríamos extender cientos de páginas sobre las situaciones que hemos vivido en estos treinta años, pero sólo incidiremos en dos: la investigación y la conservación. Se acusa a la arqueología de “gestión” de no investigar, pero ya hemos comentado con anterioridad que esa carencia no es un problema exclusivo de la práctica privada de la profesión, sino que es un mal endémico en la arqueología española. Sin embargo es claro que a partir de los años ochenta hasta la actualidad más del 80% de la práctica arqueológica ha ido ligada al mundo privado. Por paradójico que pueda resultar, los arqueólogos que trabajan en el ámbito de la arqueología privada no pueden optar a las ayudas nacionales o autonómicas para investigación, que se ciñen exclusivamente al mundo universitario. No ha habido ninguna voluntad por parte de las administraciones de generar herramientas de conocimiento en el sector privado o en colaboración con el mismo. ¿Cómo se le puede pedir a las empresas de arqueología que investiguen sin dotar al sector de un mínimo de recursos? Los que hemos trabajado en la arqueología privada sabemos que la excavación de los yacimientos y los estudios que ella comporta han sido pagados por los clientes. Sin embargo, los gastos que se generaban en la investigación posterior hubieron de ser asumidos por la misma empresa o, lo que es todavía peor, por los propios arqueólogos. Esto es así incluso en el coste de la divulgación/difusión de los resultados. En este punto resulta pertinente algo tan caro a los políticos de este país como es la comparación con los países de nuestro entorno inmediato. Por poner un ejemplo, y sin ir muy lejos, en Francia los trabajos arqueológicos privados se encuentran integrados en los organismos nacionales (CNRS), siendo allí habitual, y hasta común, que los arqueólogos procedentes

de la arqueología privada se integren en las estructuras estatales de investigación.

En el caso español, ese desinterés del Estado y las Comunidades Autónomas por la investigación generada en la arqueología privada se advierte más claramente en la ausencia de series para publicar las memorias de las respectivas intervenciones: sólo una de ellas tiene un Noticario más o menos actualizado y ninguna una serie destinada a las Memorias de excavación. En otras palabras, los arqueólogos que trabajan en la gestión privada han tenido que investigar, difundir y publicar sus intervenciones al margen de cualquier respaldo oficial. Es comprensible, aunque no justificable, que muchos de nuestros colegas hayan optado por una actitud, que podríamos definir de unamuniana, que lo fía todo al “¡Que investiguen ellos!”. Lo verdaderamente triste es que “ellos”, es decir, los arqueólogos “oficiales”, los funcionarios de la arqueología, tampoco lo hacen. La prueba es que ninguna universidad o institución española cuenta con una serie prolongada de Memorias de excavación. La excepción que confirma la regla, y por ello si cabe aún más digna de mención, es la serie del Museo de Prehistoria de Valencia. No debemos de olvidar que la Memoria de excavación es el documento que permite la revisión crítica por parte de otros colegas de los trabajos desarrollados en un yacimiento. En realidad, si no hay Memoria la excavación resulta del todo punto estéril, la excavación de un yacimiento resulta totalmente inservible para la investigación.

Por otro lado, la perversidad intrínseca del sistema español se puede apreciar en la lucha despiadada que las diferentes facciones libran en las publicaciones de sus respectivos organismos, donde la autocita suele ser una constante, así como en la frecuente utilización del sistema de evaluadores para eliminar a los oponentes sin atender al criterio de calidad del trabajo.

Aquí se aprovecha el anonimato de los evaluadores para liquidar asuntos pendientes que nada tienen que ver con la investigación. Por el contrario, cuando se escribe para revistas extranjeras es fácil observar la diferencia de la evaluación: donde en España priman la descalificación genérica y los asuntos personales pendientes (o, dicho al cristiano modo, “el navajeo”), allí se hace hincapié en la crítica honrada de los postulados científicos, es decir, en puntualizar sobre las cuestiones tratadas y en matizar la argumentación empleada por los autores.

Respecto a la conservación del patrimonio arqueológico en España, es admirable ver que aún hoy día nuestra sociedad no sea realmente consciente de la ingente cantidad de yacimientos arqueológicos que se han destruido sin que eso haya sido motivo que mueva a reflexión, ni siquiera a las administraciones competentes (universidades, museos y, por supuesto, profesionales de la arqueología) teóricamente encargadas de su custodia. El escenario resulta más desolador todavía si lo enmarcamos en la praxis moderna de la disciplina, dirigida al estudio de los yacimientos desde la óptica de su integración en el paisaje ¿Cuántos paisajes arqueológicos se conservan todavía inalterados en nuestro país? En este campo, al igual que sucedía en el tema de la investigación, se les ha reprochado con frecuencia a los arqueólogos “privados” su aparente docilidad ante dicha situación. Ciertamente los arqueólogos “privados” han sido dóciles en este asunto... pero por desgracia no lo fueron menos que las administraciones autonómicas y locales que en teoría tenían el encargo expreso de proteger ese patrimonio; tampoco menos dóciles que el Estado que consintió que aquellas no cumplieran con su obligación y permitieran la destrucción sin mover un solo dedo por ello, y, por último y con no menos carga de culpabilidad, el mundo universitario, que asistió callado y complaciente a esa orgía de destrucción. Desde el Colegio de

Licenciados de Madrid y desde las Comisiones Permanentes de los Colegios no recibimos apoyo alguno de las instituciones cuando protestamos por la destrucción de la Plaza de Oriente de Madrid, el Paseo de la Independencia de Zaragoza o el Mercado del Born en Barcelona. Cierro es que en estos últimos dos casos se conservaron los espacios urbanos, pero la situación no cambió en lo fundamental. Ni siquiera para espacios emblemáticos como la Vega Baja de Toledo, que se pudieron salvar de su destrucción *in extremis*.

Lamentablemente estos últimos años de crisis no han servido para generar una oposición al modelo que hizo posible que tales actuaciones se produjeran, sino más bien al contrario, se mantiene en pie el hispánico “sostenella y no enmendalla”. Sirva como ejemplo paradigmático que la Comunidad de Madrid ha desarrollado una nueva Ley de Patrimonio que choca frontalmente con la Ley Nacional sobre este tema, así como con los tratados internacionales en relación con la materia. ¡Y sólo ha recibido la firme oposición del Colegio de Licenciados y de algunos movimientos asociativos sin verdadera fuerza institucional! El resto del colectivo asiste al espectáculo con absoluto pasmo amparado en la seguridad que les proporciona el burlderero de su nómina, sin mojarse, ensimismado en su propia inanidad.

No quisiéramos terminar estas reflexiones dejando en el lector un punto de amargura. A pesar de la imagen negativa que sin duda desprenden las líneas precedentes, somos de la opinión que la arqueología española aún podría tener futuro si se produjera un verdadero proce-

so democratizador en el mundo universitario que lo alejara del clientelismo endogámico que ha subvertido su esencia misma. Una universidad reformada donde los profesionales que practiquen la disciplina pudiesen impartir y desarrollar la docencia con un mínimo de rigor científico. Y si, en un proceso paralelo, se originara un cambio legislativo en las Comunidades Autónomas que evitara el estado de indefinición actual, y que abriera definitivamente la investigación a todos los arqueólogos, ya sean “públicos” o “privados”. Por último, pero no menos importante, todavía hay posibilidades de una arqueología moderna si se desarrollara un modelo de conservación a ultranza que garantice la protección del patrimonio arqueológico para que éste, como bien finito que es, no siga mermando a pasos agigantados.

A título personal, sin embargo, la única salida que podemos vislumbrar es la práctica de una arqueología de resistencia, siguiendo una visión moderna de la misma, una conducta ética que promueva la publicación de los resultados obtenidos y su posterior difusión, así como la huida de los grupos banderizos que pululan en el mundo académico con la publicación de estudios exhaustivos y no excluyentes. Somos conscientes que lo que más daño hace al vigente sistema clientelar no es otra cosa que el conocimiento. Y, en este sentido, cada Memoria de excavación, cada ponencia presentada en un Congreso, cada conferencia pronunciada, cada artículo publicado es un mazazo que ayudará a derribar un sistema levantado sobre la ineptitud y el nepotismo. Eso, y esperar al golpe de gracia que lo hunda por completo.

Bendita crisis, maldita profesión.

Jaime Almansa Sánchez
JAS Arqueología S. L. U.
almansasanchez@gmail.com

El año 2013 nos ha dejado muy buenas muestras políticas del valor de la arqueología. Un diputado valenciano decía orgulloso que su lengua provenía del ibero. Una Consejera presentaba una nueva ley de patrimonio histórico diciendo que el patrimonio es una pesada losa para el desarrollo. Ana Botella aseguraba que su ideología es la que más progreso ha traído a la historia de la humanidad. Yo me pregunto si no estamos malgastando dinero público...

Hace unos días un colega se quejaba de los que piden derechos para los animales cuando aún no hemos alcanzado derechos para los humanos. Yo me empiezo a quejar de toda la arqueología que se practica cuando todavía no hemos sido capaces de transmitir la que se hizo el siglo pasado. Pero, sobre todo, me pregunto por qué trabajamos. Desde que llegamos a la universidad nos adoctrinan con la idea de que la arqueología es muy importante y nos lo terminamos creyendo. En algunas facultades incluso te dan pruebas de su valor identitario y económico. Desde que me dedico a la arqueología pública he podido comprobar que, efectivamente, la importancia va mucho más allá y la arqueología participa de procesos sociales de los que a veces ni nos enteramos. Pero esto no deja de ser una construcción, una consecuencia inevitable de algo que ya estaba en marcha cuando nos paramos a mirar.

Si echamos la vista al pasado, vemos que la arqueología es un resultado más de la curiosi-

dad y, después, de la ciencia. Podemos vivir sin arqueología ni patrimonio arqueológico, pero ya que tenemos tiempo para preocuparnos de esas cosas, lo hacemos. La arqueología siempre ha sido elitista y aún hoy lo sigue siendo en demasiados contextos. Esas élites burguesas que comenzaron a practicarla, tenían una formación humanística que hoy no tienen nuestros políticos y fueron capaces de otorgarle valor a los vestigios de nuestro pasado. Valor se tradujo en interés y protección. Así llegaron las leyes y la profesionalización. Pero hoy ese pasado entra en cuestión ante una realidad muy distinta.

Einstein decía que sólo hay dos cosas infinitas, el universo y la estupidez humana. La física ya habla de universos en plural y pronto pondrá en duda el infinito. La arqueología es una herramienta útil para ponerle límites a la estupidez humana. Ese es el *mantra* con el que me levanto por las mañanas y me pongo a trabajar. A mi el pasado ya no me importa como fin, sino como medio para actuar en el presente. Esa es la razón por la que sigo haciendo arqueología. Pero claro, lo que hago no es arqueología a secas, sino utilizar la arqueología para un fin que no siempre tiene que ver con el conocimiento. ¡Cómo voy a cuestionar la definición clásica! Arqueología se hace porque queremos conocer el pasado, para que lo conozcamos, para quien le interese y con un método riguroso, algunos dirían que científico. Algún compañero terminaría este debate en dos líneas. ¿Por qué necesitamos debatir tanto sobre este tema?

La crisis nos ha traído la quiebra de un modelo en el que estábamos muy cómodos y una bofetada de realidad. Unos pensaban que las obras no iban a terminar nunca y como éramos esenciales en ellas siempre habría trabajo. Otros pensaban que los políticos siempre estarían dispuestos a dar dinero para sacarse la foto ante el primer esto, o el aquello más antiguo. De repente, las obras se terminaron y los políticos recortaron por lo más fácil.

Ahora nos echamos las manos a la cabeza y no nos podemos creer como se va derrumbando todo a nuestro alrededor. No nos creemos que la arqueología ya no le importe a nadie, que los políticos no cumplan con su función, que siempre se recorte por el mismo sitio, que no se escuchen alternativas y que el futuro se vea negro. Pero tenemos lo que nos merecemos, lo que nos hemos ganado en estos últimos años de bonanza. Por eso titulo este texto así. Bendita crisis que ha terminado con un vicio sin precedentes en la destrucción del patrimonio arqueológico. Maldita esta profesión que lo ha permitido.

Si echamos un momento la vista atrás nos encontraremos con la clásica torre de marfil por un lado y con la precariedad absoluta por el otro. Académicos mayoritariamente desentendidos del mundo y absortos en su búsqueda de un conocimiento que no termina de llegar a nadie. Empresarios que aprovechan el exceso (o defecto) de trabajo para cosificar investigadores, convertidos en herramientas para la liberación del terreno. Técnicos desbordados y desmotivados. Estudiantes todo terreno que aceptan la precariedad como salida a la nada. Todos ellos en un contexto social que sigue su vida indiferente ante las barreras que se colocan entre la arqueología y el medio. ¿Era esa la arqueología que queremos?

Bendita crisis que ha terminado con ella y nos ha devuelto a la realidad. Ahora entende-

mos mejor la posición en la que nos encontramos. Como profesionales inútiles, en el sentido más utilitarista del término, buscando su sitio en una sociedad en crisis. Maldita profesión, que ha traducido la presencia de la arqueología en el contexto comercial a una nueva forma de explotación en todos los sentidos y a todos los niveles. Porque profesionales somos todos, no sólo los que estamos en las empresas, y el contexto comercial atañe también a la Academia.

Pero ya estamos en 2014, parece que la fase más dura de la crisis ha pasado y llega el momento de mirar adelante. En estos años de decadencia hemos adquirido unos hábitos poco saludables para una disciplina eminentemente investigadora. Nos hemos enfangado en la rutina de lo que funcionaba, hasta que dejó de funcionar. Entonces llegó el momento de buscar alternativas y comenzaron las modas. La solución a la crisis era la tecnología aplicada al patrimonio.

Tecnología se convirtió en sinónimo de juguete y el juguete se puso de moda. 3D, QR, SIG, Social Media, Dron... esas cosas que algunos empezaban a aplicar antes de la crisis parecían una panacea y se están usando sin ton ni son como fin. Desde luego resulta atractivo decir que se van a hacer ciertas cosas, pero ¿para qué? Esa misma moda llegó al patrimonio y los excavadores se convirtieron en expertos de la puesta en valor, la divulgación y el turismo. Muchos lo han hecho bien, pero entre todos volvieron a saturar un mercado ya de por sí muy limitado en tiempos de crisis, trayendo la precariedad a las modas. ¿Hemos sido alguna vez profesión?

Cuando se echa un ojo a los últimos datos sobre asociacionismo, queda claro que no. Pasa en arqueología y pasa en general. Lo que aún nadie ha estudiado son las causas, debe ser que aún tenemos una fuerte herencia de la dictadura. Cuando surgen los gremios, mucho antes de la

Edad Media, no lo hacen como una forma de competencia sin escrúpulos, sino como una forma de protección y especialización. Ese es el origen de un corporativismo que ha llevado a muchas profesiones a lo que son hoy (medicina, abogacía, o arquitectura, por ejemplo). Todos los intentos de asociacionismo a gran y mediana escala que ha habido en arqueología han resultado en fracaso. Sólo pequeñas asociaciones muy localizadas y con objetivos muy concretos han salido adelante. Es una pena, porque las asociaciones profesionales son una herramienta esencial para la profesionalización. Como ejemplo, el Reino Unido, un entorno más liberal que el español y con unas leyes mucho más laxas con respecto al patrimonio en el que varias asociaciones profesionales, gubernamentales y privadas, han conseguido regular la práctica en unas condiciones mucho mejores que las nuestras. También sufren, pero de forma distinta. No nos ponemos de acuerdo y seguimos actuando como una profesión cainita, donde es imposible llegar a nada.

A donde tenemos que llegar es a la sociedad, pero con una imagen radicalmente distinta a la que se transmite. No hablemos ya de lo que se percibe. Sin entrar a criticar nuestra pasividad ante la pseudoarqueología, nuestra oferta alternativa es escasa, elitista y mediocre. La sociedad es compleja, y también formamos parte de ella. Cuando entro a un museo o voy a un yacimiento arqueológico, lo hago con ojos de ciudadano y no me gusta lo que veo. No me emociona, ni me atrae. Es más, cuando miro con ojos de arqueólogo tampoco me suele gustar. ¿Tan mal lo estamos haciendo?

Puede que no sea una cuestión del bien y del mal. El problema es que lo hacemos para nosotros y ese nosotros a veces se queda mi. Yo el primero. Escribo para mi, aunque a veces me entiendan los demás, pero soy consciente de que muchas de las cosas que digo están tan en-

tre líneas que sólo las leo yo. Imaginad lo que pasa cuando en vez de hablar de la crisis de la arqueología hablamos del Paleolítico. Nadie lo entiende si no está en la materia. Faltan comunicadores, gente que sepa transmitir nuestro trabajo. Porque es apasionante, pero a veces tenemos que orientar el mensaje. Muchos critican la vulgarización, pero hay muchas formas de vulgarizar. A mi me gusta. Mi abuelo y mis padres no necesitan saber muchas cosas, y los niños tampoco. Lo que hay que sembrar es la semilla del interés y eso no se consigue con dataciones calibradas sino con sentimientos. Historias que lleguen a la gente con conceptos básicos. A partir de ahí profundizaremos.

Suelo recordar a menudo ese chiste de Forges en el que unos ancianos critican la formación técnica de unos arqueólogos en una obra. Para poder llegar a eso, primero hay que saber qué es la arqueología y cómo fue la Prehistoria. Un trabajo arduo que se consigue en el aula, pero también en los medios. ¿Es eso vulgarizar? Vulgaricemos.

Porque el futuro de la arqueología pasa irremediabilmente por el valor social. Si la gente no tiene la necesidad de arqueología, no habrá arqueología. Hoy, la gente no tiene esa necesidad y vivimos de la herencia de otros tiempos. La sociedad paga y no disfruta. Ese es el primer fallo, el mayor fallo.

Esto es un foro y debe fomentar el debate. Si de mi dependiera no se volvería a excavar un solo yacimiento, salvo de forma preventiva, hasta que todo el conocimiento que no hemos generado en los últimos 25 años salga a la luz. Es inaceptable que los libros de historia sigan mintiendo a los estudiantes porque no queremos (es una cuestión de voluntad) transmitir el conocimiento. Esto es una acusación. Y el que se sienta aludido está tardando mucho en hacer su parte. Tengo un libro de Historia de 1935

con el mismo mensaje que los que yo usé y los que usan hoy. La única novedad es Atapuerca.

Todo está relacionado. Si un niño no aprende a valorar su patrimonio, seguramente nunca lo haga. Ese niño algún día votará a políticos que recibieron su misma educación o trabajará en profesiones que afectan gravemente al patrimonio. Ese niño nació hace 50 años y nacerá dentro de 50 años. Ese niño preferirá creer las ocurrencias de Giorgos Tsoukalos o sus múltiples versiones cinematográficas porque no tiene alternativa. Porque la única alternativa que ha planteado el Canal Historia (*Arqueólogo por un día*) recibe las críticas de un sector que ni siquiera lo ha visto. Nos gusta criticar lo que hacen los demás, pero nosotros no hacemos nada.

Como decía al principio yo no hago arqueología, o al menos de una forma tradicional, pero

eso no quiere decir que esa forma tradicional de arqueología deje de practicarse. Es necesario que alguien estudie cerámicas, procesos productivos o cambio social, que mida los talones en las lascas, inventaríe las hachas y hagan una tipología de porcelanas. Si no tenemos materia prima, no podemos hacer nada más. Este alegato es por una arqueología diferente, transdisciplinar, que vaya más allá de los yacimientos y los objetos, incluso de las sociedades del pasado. Que llegue al presente. Un alegato para que todos miremos más allá de las piedras y algunos se preocupen por ese más allá mientras los demás siguen haciendo lo de siempre, pero con el compromiso de que llegue a algo.

Compromiso es la palabra con la quiero concluir este texto, porque sólo con el compromiso de todos vamos a ser capaces de sacar adelante nuestra profesión.

Socialización del patrimonio, patrimonio expandido y contextualización de la cultura.

Sabah Walid Sbeinati - Juanjo Pulido Royo

UNDERGROUND Arqueología - PAPAROCA Cultural & Social Worlds
info@underground-arqueología.com / infopaparoca@gmail.com

Atendiendo a las preguntas que propone Jorge Canosa, coeditor de *Arqueoweb*, vamos a intentar responder las cuestiones que nos plantea, bajo nuestro punto de vista.

En primer lugar nos pregunta, ¿para qué sirve la Arqueología? Sin entrar en debates sobre si somos arqueólogos o historiadores, o si la Arqueología es una ciencia o una técnica, entendemos la Arqueología como una forma de recuperar y leer elementos materiales y sus contexto para incorporar conocimiento, siempre sujeto a nuestra subjetividad, para crear narraciones que nos faciliten entender a las sociedades del pasado remoto y no tan remoto, inferir a partir de fragmentos la cultura de las sociedades que ya no son observables (Bate, 1998: 190). Pero en este sentido, deberíamos ver si realmente hablamos de Arqueología o estamos hablando de socialización del Patrimonio, un tema de conceptos y de los contenidos que los configuran. La Arqueología en sí misma no es algo que deba ser socializado *per se*, sus contenidos deben ser públicos y sus técnicas deben conocerse. Pensamos que la participación de la ciudadanía debe orientarse a la gestión de los contenidos y en la incorporación de sus conocimientos a los mismos, es decir, los arqueólogos somos profesionales, al igual que los médicos o los educadores, y los ciudadanos no queremos ser arqueólogos, queremos participar y ser protagonistas de nuestro patrimonio.

Un ejemplo de esto es el *Proyecto Maila*¹ (Walid et alii, ep.), cuyo objetivo principal es implicar a los participantes en la protección de su patrimonio, en el respeto por su pasado y facilitar el camino para la incorporación del yacimiento tardo-romano de Los Barruecos, en Malpartida de Cáceres al acervo cultural de la localidad. Hasta ahí, no se diferencia de muchos otros proyectos cuyas miras van en esa dirección. Quizás, lo que deslinda a este proyecto de otros es que nace de una petición explícita de un grupo de ciudadanos que querían dar a conocer ese enclave, ignorado por el mundo científico. Por tanto, responde a una exigencia social y no a un interés científico en sentido estricto. El proyecto Maila, al igual que otros, (por ejemplo el Proyecto A Cabeciña² en Galicia, proyecto que nace desde la Comunidad de Montes de Mougás) está marcando una nueva forma de entender la socialización del patrimonio como respuesta a una demanda real de la ciudadanía. No es que el futuro de la Arqueología como disciplina deba seguir estas premisas de forma lineal, sino que debe, en la medida de lo posible responder a esas demandas.

Preguntarse si es importante o no, seguir invirtiendo en Arqueología, es como preguntar

¹ El Proyecto Maila ha realizado dos jornadas participativas de dibujo arqueológico en el yacimiento romano de Los Barruecos, Malpartida de Cáceres. Proyecto gestionado por UNDERGROUND Arqueología.

² Proyecto de Puesta en Valor del Complejo Arqueológico de A Cabeciña, Mougás, Oia, Pontevedra. Proyecto gestionado por Rock Art Conservation.

¿es importante que haya filósofos o zapateros? La respuesta es que es importante porque somos seres sociales, y como parte de la sociedad hemos de aprender para construir tiempos y espacios. Quizás el tema a discutir es la inversión, sobre todo cuando no somos capaces de cubrir las necesidades básicas. Y nosotros creemos que ahí está esta cuestión. La cultura, y por ende el Patrimonio, de toda índole, y en este sentido también arqueológico, es una necesidad básica. Los humanos tenemos la capacidad de explicar el mundo que nos rodea y esa misma necesidad se refleja en la cultura que conforma los contenidos que llenan el recipiente explicativo. Por tanto, sí que debemos invertir, pero en lo que debemos reflexionar es en la forma y el objeto de inversión.

Las inversiones en Patrimonio no están fuera de los problemas o direcciones a las que se enfrenta la inversión en cultura. Estas inversiones rara vez responden a un demanda social y en muchas ocasiones van dirigidas a un público «culto». Una de los elementos que facilitan la ruptura del patrimonio histórico y la sociedad actual es el establecimiento de esa frontera entre lo antiguo «incuestionable», estudiado por «sabios», que «no se puede tocar» y que en realidad, en muchos casos, tiene una continuidad directa con el contexto actual, del que somos su fruto y que se mantiene, especialmente en el rural como una realidad que sólo se les presenta como una traba para su inserción en la sociedad del futuro.

Las nuevas directrices de las subvenciones a proyectos culturales inciden en varios aspectos, y entre esos destaca «*la incorporación de nuevos públicos*». Generalmente encontramos que los procesos de integración y difusión cultural se plasman en una participación de la ciudadanía sobre un producto cultural, que se presenta en bien de la sociedad, aunque esa sociedad no es integrada en la creación del discurso

ni en el posterior diálogo. Público que ni siquiera espera poder entrar en esa gestión, comportándose tal y como se les presenta, como público (Maceira, 2007: 40). Nuevos públicos, nuevos grupos de interés pasivos, espectadores de lo que hacen los investigadores y artistas. La participación ciudadana se enfoca en determinadas subvenciones, cada vez más, en la exigencia de que los proyectos sean presentados por asociaciones, que responden a dos premisas: por un lado que representan a un determinado colectivo social y por otro, que no tengan ánimo de lujo. Desgraciadamente, y aunque sin generalizar, muchos colectivos, sin futuro empresarial o científico, han adoptado el formato de asociación para poder trabajar, muchas veces en precario, en Patrimonio. Además, las administraciones locales ven lo asociativo como algo no productivo y no generador de riqueza (Fernández, comunicación presentada al SoPa'13³). No creemos que trabajar desde la ciudadanía y no para la ciudadanía, tenga una figura fiscal única, además del malentendido de la expresión «*sin ánimo de lucro*», que muchas veces parece entenderse como trabajo gratuito. Los trabajos de socialización del patrimonio arqueológico deben contar con la presencia de profesionales, como exige la ley de patrimonio, y esos profesionales deben recibir una remuneración económica, sin querer decir esto que estemos hablando de beneficios industriales, sino del pago por un trabajo profesional. No debemos dejar de ser profesionales y científicos para ser voluntarios. El voluntariado esta también en la mesa de discusión, planteándose debates sobre si la construcción debe realizarse con la incorporación de voluntarios desde el

³ Jesús Fernández Fernández (Asociación Sociocultural La Ponte) y Pablo Alonso González (University of Cambridge), El ecomuseo de Santo Adriano (Asturias): un proyecto para la puesta en valor y socialización del patrimonio cultural en el medio rural. Comunicación presentada al I Congreso Internacional sobre Educación y Socialización en el Medio Rural, sOpA'13, Malpartida de Cáceres 18-21 de Septiembre de 2013.

respeto. El concepto voluntario se interpreta como colaboración desinteresada, y en nuestra opinión, eso es falso y no lleva a una construcción sostenible. La participación en la creación, protección o generación de contenidos culturales y patrimoniales tiene recompensa. Esta no siempre debe ser económica, pero como apunta Alicia Castillo: «*El problema no es hacer trabajo gratis per se. El problema es que el 99% de nuestro trabajo lo sea*» (Castillo, 2011: 43).

Decir que la Arqueología se hace para todos, en nuestra opinión es falso, no porque creamos que la Arqueología debería hacerse para todos, sino porque la Arqueología no es una demanda social, al igual que no lo es la investigación en astrofísica. Si hablamos de relevancia de la Arqueología, como dijo en el sOpA⁴ nuestro colega Juan I. García (Arqueoart): «*Nos la estamos midiendo*». Si entramos en el discurso de la relevancia nos vamos a perder en el camino. La Arqueología, en general es algo exótico, donde exploradores con una capacidad aventurera y de conocimiento enciclopédico rescatan, en lugares paradisiacos, los tesoros de las civilizaciones de pasado, en especial de aquellas que forman parte de legado histórico vistoso y relevante que hemos construido, y depositan, a cambio o no de recompensas económicas y recursos, en centros público o privados de conocimiento superior, y del que no sabemos, o no queremos del todo salir. Poner en su lugar al Patrimonio como parte de nuestra cultura es una labor a largo plazo y que pasa por tres fases: diagnóstico, educación, y reciprocidad real de conocimientos.

No creemos que la Arqueología se haga para los arqueólogos, sino que los arqueólogos realizan sus estudios dentro de un ciclo científico, en el que los evalúan, discuten y construyen. Y

⁴ sOpA'13, I Congreso Internacional sobre Educación y Socialización del Patrimonio en el Medio Rural, celebrado los días 18-21 de Septiembre de 2013, en Malpartida de Cáceres.

esto es lo que debería ser. Si no nos respetamos a nosotros mismos como profesionales, cómo queremos que nos respeten los que invierten sus impuestos. El narcisismo es un concepto que desgraciadamente sólo nos incumbe a nosotros. Envidias y críticas no constructivas van de mano de los profesionales de la Arqueología, desde hace casi tanto tiempo que no sabríamos decir si los arqueólogos nos hacemos narcisistas o si el narcisismo es innato a esta disciplina.

El camino de la Arqueología y de su gestión social debe partir de la creación colaborativa, y deberíamos seguir el camino del respeto. Si estamos participando en construcción de contenidos, deberíamos aceptar los diferentes *input* y ser conscientes de que no somos los portadores de una verdad absoluta y elitista. Si somos científicos debemos trabajar bajo la metodología que configuran nuestras hipótesis y teorías, pero debemos trabajar, o compartir, o colaborar, en una construcción real de los contenidos históricos. Además, debemos romper los muros que dificultan la comunicación directa y reciproca entre los profesionales, con acceso al discurso cultural integrando nuevos discursos en los que la ciudadanía se presente no sólo como receptora, sino también como emisora. Buscar nuevos espacios, nuevas formas de participación no anecdótica o estadística, sino espacios de cocreación, espacios públicos que permitan la interacción directa (Walid y Pulido, 2014).

El fin de la dictadura y le llegada de los primeros ayuntamientos democráticos trajo consigo también el proceso de democratización de la cultura, la reapropiación ciudadana del patrimonio cultural, reflejado también en la nueva constitución⁵ (Azuar, 2007: 25-27). A

⁵ Como expone Rafael Azuar (2007), este proceso se manifiesta además en la nueva constitución, en su artículo 44.1: "Los poderes públicos promoverán y tutelarán el acceso a la cultura, a la que todos tienen derecho".

pesar de que esta búsqueda de acercamiento del patrimonio a los ciudadanos, la Arqueología y Etnografía, se quedaron estancadas en los viejos paradigmas como se refleja en que a pesar de la creación de gran número de museos con esos contenidos, el número de visitantes ha ido en claro decrecimiento (Azuar, 2007: 31).

Los proyectos de Patrimonio, en sus contextos macro o micro, incluyen, dentro de lo que se ha venido llamando Nueva Gestión Patrimonial, el fomento de la democratización de la cultura, la búsqueda del dialogo, la interacción con el público, o el desarrollo del territorio, dentro de sus objetivos. ¿Pero esos objetivos son reales?, ¿se cumplen?, y quizás la pregunta más importante, ¿todos entendemos lo mismo por democratización de la cultura? Como se pregunta Iñaki Arrieta son proyectos de «arriba-abajo», quedando la gestión de «abajo-arriba» sólo en el plano teórico (Arrieta, 2007: 14).

Generalmente encontramos que los procesos de integración y difusión cultural se plasman en una participación de la ciudadanía sobre un producto cultural, que se presenta en bien de la sociedad, aunque esa sociedad no es integrada en la creación del discurso ni en el posterior diálogo, público que ni siquiera espera poder entrar en esa gestión, comportándose tal y como se les presenta, como público (Maceira, 2007:40). La construcción colectiva de los discursos patrimoniales se enfrenta, además de a las dificultades de pasar del fomento de la proactividad ciudadana a la praxis, con múltiples trabas económicas, legales, políticas y científicas, cuyas actuaciones deben ser revisadas si queremos que la participación ciudadana pase del plano teórico al real y factible.

En otras materias como la sanidad o la educación, los ciudadanos estamos luchando porque se oiga nuestra voz y se respete nuestra opinión. Y eso es posible porque podemos acceder a la información de todo lo relativo a las

problemáticas relacionadas con esos sectores, sin la que no habría podido nacer la crítica social. La Arqueología, o quizás mejor el Patrimonio, no forma parte de los discursos sociales críticos. No los discutimos porque los desconocemos. Al preguntar a los ciudadanos si conocen la ley de patrimonio y qué opinan de ella, las respuestas evidencian que la desconocen y lo que es peor, la incluyen en ese saco de leyes que no les afecta, que sólo sirven para organizar a los profesionales (y paradójicamente no a los científicos), y que en general es un muro que les impide poder acceder al patrimonio y participar del mismo. Así, la educación se muestra como unos de los pilares fundamentales de esta lucha si queremos que el Patrimonio arqueológico forme parte de la crítica social, no como meros espectadores (García Santa María y Pascual Bellido, 2012: 118), sino para que forme parte de su identidad (Borghi, 2012: 319).

Ciertamente la ley del patrimonio se construyó respondiendo a unas realidades ya superadas, y por eso mismo, deberían sufrir un proceso de reflexión colaborativa que suponga cambios positivos en la misma, y que permita no sólo la protección de los restos arqueológicos frente a malvados expoliadores, sino que se construya desde la propia sociedad. Pero todo eso debe partir del conocimiento y no de las demandas de los arqueólogos.

La Arqueología, como todas las ciencias, se va construyendo y adaptando a las necesidades sociales, entendidas estas como políticas (y por tanto económicas). Poner en la mesa de la discusión los problemas sociales y cómo ellos afectan a la construcción de nuestro futuro es un deber innato a todas las disciplinas. Estas cuestiones no nacen desde la Arqueología, nacen desde la crítica social a la situación sin futuro y de no retorno que nos imponen desde los organismos de poder: medios de comunicación,

grupos políticos, grupos de organización de la economía, e intelectuales. Estas son demandas que queremos abanderar, demandas que hemos construido frente a la falta de respeto por nuestra profesión. Sin embargo, y a pesar de que hemos usado a la sociedad como parapeto de las mismas, la ciudadanía en su conjunto no ha alcanzado el conocimiento como para que salga a la calle a luchar por el Patrimonio. Eso se debe a la falta de conocimiento, o al exceso de conocimientos dirigidos. La Arqueología, y en general la Historia, han sido y serán discursos políticos que explican acciones determinadas, o bien de reconocimiento y legitimación (Fontana, 1982: 15) o bien, más adaptado a la situación real, como elemento de enriquecimiento a través del turismo. Y es contra eso con lo que queremos luchar desde UNDERGROUND y PAPAROCA. El valor del Patrimonio no debe basarse en la búsqueda de su repercusión económica, sino que tiene valor en sí mismo, forma parte de la economía social, de la necesidad de los hombre y mujeres por proteger su memoria, por trabajar en su arraigo, por no perder su personalidad particular que forma parte de una realidad superior de la que todos debemos ser responsables. Con ellos no pretendemos decir que no deban hacerse políticas de sostenibilidad económica en relación al patrimonio cultural, sino que estas no deben ser las únicas, y no deben ser el eje central de actuación y la manera de defender la inversión en los proyectos patrimoniales (invertimos porque vamos a conseguir rédito político y/o económico).

Desde hace algún tiempo estamos trabajando en nuevos modelos de participación, de divulgación, de incluir a la sociedad en nuestros discursos. Pero estamos empezando a destruir esas novedades metodológicas. El cambio de paradigma es necesario, pero debemos dejar que la sociedad participe del mismo, ser conscientes y no tener miedo a preguntar y sobre todo no tener miedo a decir la verdad. Si a determinados

grupos sociales le importa un bledo el patrimonio, debemos decirlo y responsabilizarnos de ello. No podemos imponer nuestras necesidades, sino más bien trabajar en ellas para que sean escuchadas, asimiladas y reapropiadas.

Cuando nos preguntamos que es la socialización del Patrimonio o la gestión social del mismo vemos como generalmente se explican dentro de lo que se ha denominado *Public Archaeology*. es decir, es el conjunto de acciones cuyo objetivo es su retorno positivo a la sociedad⁶ (Bellmunt, 2011: 33; Blanco-Rotea, 2001: 35). En nuestra opinión, si las premisas formuladas por la Arqueología Pública son necesarias y deberían formar parte de los presupuestos de todo proyecto arqueológico, la socialización del patrimonio supone la asimilación de esas premisas desde la adhocracia, es decir, responder a las necesidades sociales reales trabajando de forma transversal y horizontal, los profesionales de la cultura y los ciudadanos, construyendo y protegiendo los elementos patrimoniales construidos e intangibles, en nuestro caso, Arqueología desde la memoria. El Taller SHIRCHAL (2013), Ciudad Bolívar, define socialización del patrimonio:

“[...] al conjunto de procesos de apropiación social que se requieren para garantizar la concienciación, la valoración y la conservación adecuada de las expresiones y significados de importancia patrimonial, existentes en la unidad de paisaje humanizado en cuestión. Especialmente, en cuanto a que dichas expresiones y significados patrimoniales constituyen potenciales fundamentos y recursos para la implementación de experiencias de desarrollo socioeconómico al servicio de los ciudadanos y comunidades vinculados”.

⁶ Son muy numerosos los programas y proyectos que aplican esta definición de socialización del patrimonio.

Yrais Angulo (2011), hablando de gestión social del patrimonio dice:

“Creo que hay un gran reto en el tema de la Gestión social, y el Patrimonio Cultural y tiene que ver con el compromiso que además debe tener los servidores públicos, primero se requiere de un personal capacitado y dispuesto a desempeñar un papel activo para promover la transformación de los modelos de gestión que se implementen, el compromiso es un tema de conciencia social de pensamiento crítico y de acciones concretas que no se queden en papel y letra muerta las declaratorias, y el segundo en la elaboración de proyectos factibles, discutidos desde las propias comunidades, es preciso contar con elementos teóricos conceptuales y operativos que les permitan orientar y conducir procesos con una perspectiva interdisciplinaria, intersectorial e inter-organizacional”.

En ambas definiciones se habla de apropiación social y de comunidades, gestión «desde» y no únicamente «para» los ciudadanos.

Una de las dinámicas que estamos desarrollando es la del Patrimonio Expandido⁷. Este término viene del de la Escuela Expandida, proyecto desarrollado por el colectivo Zemos98. La Escuela Expandida parte de que toda educación se imparte siempre dentro de una comunidad y esta puede suceder en cualquier momento y en cualquier lugar. En nuestro caso hemos adaptados esas premisas para crear El Patrimonio Expandido que se desarrolla con una metodología de preguntas para la acción⁸ (Fig. 1.)

Plantear estas cuestiones facilita la participación interesada, ya que los participantes pueden trabajar desde lo que ellos quieren aprender y enseñar, de forma que todo el trabajo a realizar sea mediante la aportación colectiva. Se incentiva así que los participantes se sientan parte importante de la comunidad y del Patrimonio que forma parte de ella. La necesidad de acercarse a comunidades donde el acceso a la redistribución del conocimiento es más complicado a gran escala, pero sí más factible a pequeña escala, permite crear nuevas dinámicas de gestión del Patrimonio colectiva, participativa y principalmente integrante. Permite generar nuevas estrategias de conocimiento del valor del Patrimonio (frente al término puesta en valor⁹) basando estas en el principio del conocimiento y su distribución horizontal. Esto permite además romper con las lógicas centralistas de la programación cultural y así conocer otras realidades de gestión del Patrimonio.

⁷ Dinámica que desarrollamos dentro del proyecto CINETINERE: cine itinerante por la recuperación social del Patrimonio en el medio rural. PULIDO y WALID (2014, ep.).

⁸ Esta metodología sigue transformándose y adaptándose conforme vamos aprendiendo de la respuesta social. Las preguntas planteadas se van adaptando a las diferentes

comunidades y necesidades, siendo ellas las que configuran el discurso en cada caso.

⁹ Utilizar términos como puesta en valor lleva a pensar que estamos dando un valor a un Patrimonio que en sí mismo ya lo tenía aunque ese valor se haya perdido en el camino o este escondido en diferentes políticas culturales.

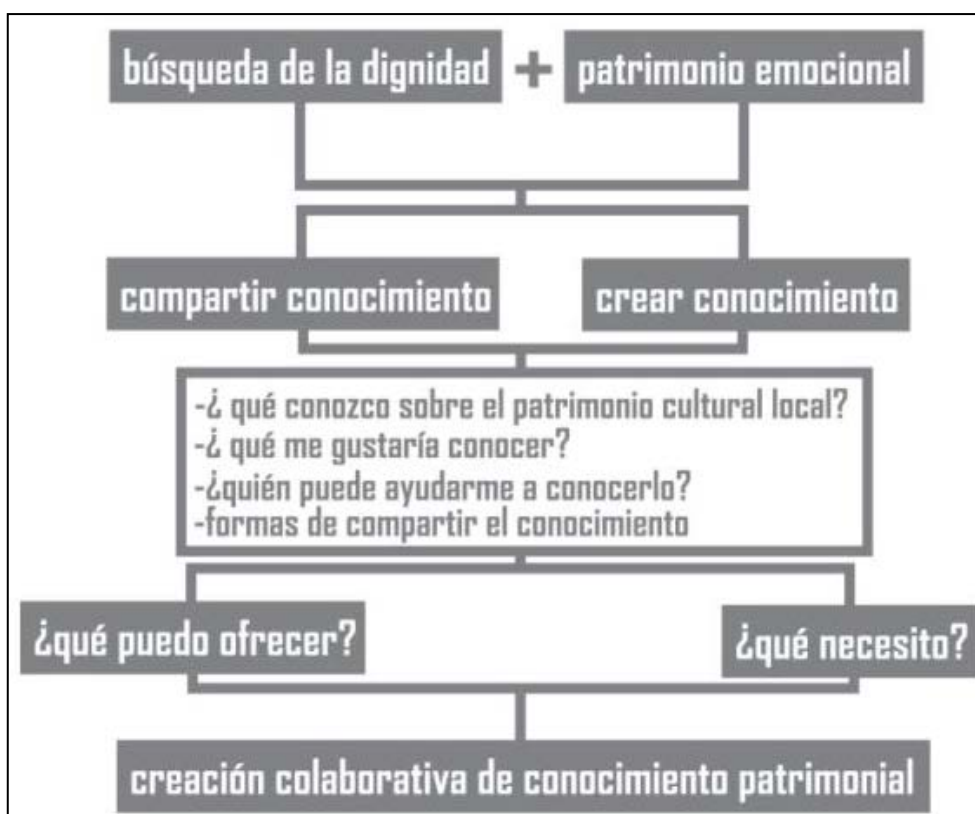


Figura 1: Diagrama metodológico del Patrimonio Expandido

El patrimonio es cultura. La cultura refleja aspectos distintos que conforman una realidad única que se puede desgranar en diversas dimensiones y que forma parte de la formación social. Pese a que la cultura no sea el objeto central de estudio de la Arqueología, la cultura forma parte de las características sociales. La cultura expresa las singularidades de las sociedades, que se articula desde la necesidad y

responde a la causalidad del desarrollo concreto de una sociedad (Bate, 1998: 67-76). Esas singularidades se concretizan de forma material, y por tanto son objetos de estudio de la Arqueología, y sus diferencias o singularidades nos permiten establecer características extrapolables a la configuración social. Así el Patrimonio debe ser contextualizado como Cultura.

Referencias Bibliográficas

- ANGULO, Y. (2011): «La Gestión Social y el Patrimonio Cultural en Venezuela, en el marco de las Declaratorias y el Proyecto de Reconocimiento del Patrimonio Nacional del Instituto del Patrimonio Cultural». Monografías.com. Caracas, Venezuela. [<http://www.monografias.com/trabajos85/gestion-social-patrimonio-cultural-venezuela/gestion-social-patrimonio-cultural-venezuela.shtml#ixzz2m3YMEq7M>]. [Actualizada el 29/11/2013]. Acceso el 29/11/2013.
- ARRIETA URTIZBEREA, A. (2007): «La Nueva Museología, el patrimonio cultural y la participación ciudadana a debate». En ARRIETA URTIZBEREA I. (ed.), *Participación Ciudadana, Patrimonio Cultural y Museos: entre la teoría y la praxis*. Argintalpen Zerbitzua Servicio Editorial, Bilbao. 12-22.

- AZUAR RUIZ, R. (2007): «Museos: del público al ciudadano». En ARRIETA URTIZBEREA I. (Ed.), *Participación Ciudadana, Patrimonio Cultural y Museos: entre la teoría y la praxis*. Argintalpen Zerbitzua Servicio Editorial, Bilbao. 25-37.
- BATE, L. F. (1998). *El proceso de investigación en Arqueología*. Crítica, Barcelona.
- BELLMUNT, C. S. (2011): «Estudiar el pasado para mejorar el futuro». En ALMANSA, J. (Ed.), *El futuro de la Arqueología en España*. JAS Arqueología S. L. U., Madrid. 31-34.
- CASTILLO, A. (2011): «Café con Alicia». En ALMANSA, J. (Ed.), *El futuro de la Arqueología en España*. JAS Arqueología S. L. U., Madrid. 41-47.
- BORGHI, B. (2012): «Yo, ciudadano en el ciento cincuenta aniversario de la unificación de Italia. La educación para la ciudadanía, una inversión para el futuro». En de ALBA FERNÁNDEZ, N.; GARCÍA PÉREZ F. F. y SANTISTEBAN FERNÁNDEZ A. (Eds.), *Educación para la participación ciudadana en la enseñanza de las ciencias sociales*, Vol. I. Diada Editora, S. L., Sevilla. 317-330.
- FONTANA, J. (1982): *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Crítica, Barcelona.
- GARCÍA SANTA MARÍA, T. y PASCUAL BELLIDO, N. (2012): «La participación ciudadana y el medio urbano en educación primaria». En de ALBA FERNÁNDEZ, N.; GARCÍA PÉREZ, F. F. y SANTISTEBAN FERNÁNDEZ A. (eds.), *Educación para la participación ciudadana en la enseñanza de las ciencias sociales*, Vol. I. Diada Editora, S. L., Sevilla. 117-124.
- MACEIRA OCHOA, L. (2007): «Los públicos y lo público. De mitismos, sorderas, y de diálogos sociales en museos y espacios patrimoniales». En ARRIETA URTIZBEREA, I. (ed.), *Participación Ciudadana, Patrimonio Cultural y Museos: entre la teoría y la praxis*. Argintalpen Zerbitzua Servicio Editorial, Bilbao, 39-60.
- PULIDO, J. y WALID, S. (revista electrónica e.p.): «CINETÍNERE: Cine itinerante por la recuperación social del patrimonio en el medio rural», *Revista Tejuelo* nº 19.
- PULIDO, J. y WALID, S. (2012): «Proyecto Maila», *Underground Arqueología*. [http://underground-arqueologia.com/?page_id=185]. Actualizada el 20/12/2013]. Acceso el 20/12/2013].
- BLANCO-ROTEA, R. (2011): «Pensando en Arqueología». En ALMANSA, J. (Ed.), *El futuro de la Arqueología en España*. JAS Arqueología S. L. U., Madrid. 35-39.
- TALLER SIRCHAL (2013): *Socialización del patrimonio cultural de Ciudad Bolívar en la Angostura del Orinoco*. Informe Final. Ciudad Bolívar.
- VVAA. (2013): «Proyecto A Cabeciña». *Rock Art Conservación*. [<http://acabecina.blogspot.com.es/>]. [Actualizada el 12/12/2013]. Acceso el 12/12/2013.
- VVAA. (2012): «Educación expandida». ZEMOS98 (Ed.), Sevilla. [http://www.zemos98.org/descargas/educacion_expandida-ZEMOS98.pdf]. [Actualizada el 10/02/2013]. Acceso el 10/02/2013.
- WALID, S. y PULIDO J. (2014): «El teléfono roto. ¿Nuevas formas de transmitir la cultura?». *DOBLESPACIO Magazine: Transmitiendo Cultura*, nº 1, (De Doble Espacio). [<http://es.calameo.com/read/0026036588f43dee01ff5>]. [Actualizada el 13/01/2014]. Acceso el 13/01/2014.

WALID, S.; PULIDO, J. y GONZÁLEZ-ARINTERO, A. (entregado el 9 de Julio de 2013, ep.): «Proyecto Maila. Yacimiento Romano de los Barruecos, Malpartida de Cáceres». Póster presentado al VI Encuentro de Arqueología del SO peninsular, Villafranca de los Barros.